EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

DEBER Y AFECTO

EN CONTIENDA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, —40, —2.°
1877.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.º DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á Filadelfia	1	D. J. Estrañi	Todo.
Dos hijos	1	J. Fernz. Bremon	»
El ahorro	1	Cárlos Frontaura	»
El Conde Patricio	1	F. Sanchez Castilla	»
El doctor Escamilla	1	J. Moreno Liaño	»
El gladiador de Rávena	1	J. Echegaray	»
El matador de Vallecas	1	Manuel F. Vallejo	»
En la misma moneda	1	José Jackson Veyan	»
Iris de paz	1	José Echegaray	»
La Castanyada	1	E. Vidal	»
Lo diable son las donas	1	E. Vidal	»
Ni se empieza ni se acaba	1	S. M. Granés	»
Nubes de verano	1	Cárlos Trigo	»
Un quadro ó la barca de San Pere	1	E. Vidal	»
Por un telégrama	1	José Jackson Veyan	»
Un zapatero de viejo	1	Eugenio Rubí	»
La pau de casa	2	E. Vidal	»
La nodriza	2	Enrique Gaspar	»
Nadie es profeta en su tierra	2	J. Moreno Liaño	»
Por recoger una herencia	2	Gaspar Thous y Orts	»
Como empieza y como acaba	3	J. Echegaray	»
El número tres	3	Miguel Echegaray	»
L'art de la bruixeria	3	E. Vidal	»
Ó locura ó santidad	3	J. Echegaray	»
Pepe Carranza	3	Cárlos Frontaura	»
El fruto vedado	3	F. Sanchez de Castro	»
Luchas de amor	3	M. Catalina	»
Madamas y Lechuguinos	3	R. Puente y Crañas	»
Valiente noche de Reyes	3	M. Flores	»
Vanitas vanitatum	3	M. Echegaray	»

DEBER Y AFECTO EN CONTIENDA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La lucha de la codicia..... Drama en un acto y en verso.
La venganza del honor.. . Ensayo trágico en un acto y en verso.
Agripina.. . . . . Drama trágico en un acto y en verso.
Una romería afortunada.. Juguete de costumbres cubanas en un acto y en verso.
La piel del tigre. . . . . Comedia en cuatro actos y en verso.
Galileo. . . . . Drama histórico en tres actos y en verso.
Un sueño. . . . . Drama en cuatro actos y en verso.
Asdrúbal... . . . . Tragedia en cinco actos y en verso.
El anillo de Fernando IV. Drama en cuatro actos y en verso.
El puñal de los celos. . . Drama en tres actos y en verso.
Robar con honra.. . . . . Drama en cuatro actos y en verso.
Un caso crítico... . . . . Comedia en un acto y en verso.
Este coche se vende. . . . Zarzuela en un acto y en verso (1).
Genio y figura hasta la sepultura.. . . . . Zarzuela de costumbres andaluzas en un acto y en verso) (2).
Los cómicos en camisa.. . . Zarzuela en un acto y en verso (1).
El gran suplicio... . . . . Zarzuela en dos actos y en verso (3).
Bermudo. . , ... Drama heróico en tres actos y en verso.
Las redes del amor.. . . . Zarzuela en un acto y en verso (4).
El talisman conyugal. . . Zarzuela en un acto y en verso (5).
Pergances matrimoniales... Zarzuela en un acto y en verso (6).
Viaje en globo. . . . . Zarzuela en dos actos y en verso.
Rosa. . . . . Zarzuela en tres actos y en verso (7).
Artistas para la Habana.. Zarzuela en un acto y en verso (con Don Rafael María Liern) (8).
Matrimomios al vapor. . . Comedia en dos actos y en verso (con el mismo).
La escala del crímen. . . . Melodrama en tres actos y en prosa (con el mismo).
Deber y afecto en contienda.. . . . . Drama en tres actos y en verso.
Oliendo donde se guisa.. . Zarzuela en un acto y en verso (9).

---

(1) Música de Estellés. (4) Id. de Padules. (7) Id. de Ofenbach.
(2) Id. de Hernandez. (5) Id. de Vilamala. (8) Id. de Barbieri.
(3) Id. de Frederic. (6) Id. de Gonzalez. (9) Id. de Oudrid.

2

DEBER Y AFECTO EN CONTIENDA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.

EL REY DON FELIPE II (42 años).
EL VIZCONDE DE LA CRUZ, bajo el nombre de Miguel.
DON MARTIN DE PADILLA.
EL MARQUÉS DE PESCARA.
EL DUQUE DE ALCALÁ.
RUY GOMEZ DE SILVA, príncipe de Éboli.
EL BARON DE MONTIGNY.
EL DUQUE DE GLYME.
EL OBISPO DE CUENCA, confesor del Rey.
EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA.
DON PEDRO DE MOYA.
DON HERNANDO DE FRIAS.
EL CONDE DE FERIA.
UN HERALDO.
DOÑA CARMEN, duquesa de Alcalá.
UN PAJE.
Embajadores, grandes de España, maceros, ujieres, damas de la córte, consejeros, guardias, alabarderos, monjes, etc.

La accion en Madrid. Año 1568.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Gran vestíbulo, iluminado por suntuosas lámparas. En primer término, puertas á derecha é izquierda, que conducen respectivamente á las habitaciones del Rey y á la cámara de los grandes. En segundo término, ventana á la izquierda y puerta á la derecha; en el fondo galería que da paso á los jardines. Escalera practicable, de tres escalones, para subir á la galería. La escena, al levantarse el telon, aparece muy animada, y numerosos grupos atraviesan la galería. Música de baile del siglo XVI. Zarabanda y pavana.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS DE PESCARA, D. HERNANDO DE FRIAS, DON MIGUEL DE LA CRUZ, el BARON DE MONTIGNY, D. PEDRO DE MOYA.

MONT. Dentro de un mes hácia Flándes
nuestra marcha emprenderemos.

MARQ. (Á Miguel de la Cruz que se ha levantado precipitadamente para observar hácia el fondo de la escena.)
No oís, Miguel?

MIGUEL. Nadie escucha.
Desterrad vuestros recelos.
(Vénse atravesar, por el fondo, los miembros del

consejo de Castilla, precedidos de un macero.

MONT. (Continuando, despues de convencerse que han pasado todos.)
Desechemos esa prisa
que puede comprometernos.
Si el de Alba del Brabante
es hoy déspota sin freno,
pocos meses durarán
su privanza y su gobierno.
Aguardemos para el golpe
un oportuno momento,
del cual el duque de Glyme
sabrá avisarnos á tiempo.
Del cielo bajo el amparo
tan santa causa poniendo,
si su clemencia secunda
de nuestro arrojo el esfuerzo,
Cárlos, infante de España,
será de Brusélas dueño.

PESC. Y don Cárlos de la córte
¿querrá abandonar su puesto?

BARON. Nuestro es su brazo, marqués,
el Rey obcecado y necio,
con su intratable dureza
secó su filial afecto.
Nuestro es, señores. En cuanto
el plan con él combinemos,
saldrá de las dos Castillas.

MOYA. Pero su padre...

BARON. (Interrumpiéndole.) Don Pedro,
el Rey fuera de la hoguera,
cuyo deslumbrante aspecto
le encandila, nada vé...

MOYA. Viejo el tigre se va haciendo.

BARON. Es la verdad. Quién diría
su rostro al mirar siniestro,
pálido como la muerte,
lívido cual un espectro,
encorvado y arrastrando
el paso inseguro y lento,
como arrastra en sus prisiones
la cadena el prisionero,

que ese viejo, rey de un mundo
mayor aún que el deseo,
que la insaciable ambicion
concebir pudo en sus sueños,
tiene cuarenta y dos años!

MIGUEL. Que es siempre el Rey no olvidemos.
Su prematura vejez
aún guarda bastante aliento
para domar á su voz
la mitad del mundo entero.
Terrible en su majestad
y en sus venganzas siniestro;
la astucia sutil del tigre
ante todos escondiendo,
sabio siempre, con la hipócrita
mansedumbre del cordero,
aún del sol que va á ocultarse
contemplo el postrer destello.

HERN. Segun aseguran muchos,
proviene su abatimiento,
de un amor sin esperanzas
(Movimiento de Miguel.)
que abriga en mitad del pecho.

MIGUEL. (Procurando serenarse.)
Ah! conque está enamorado?
Y en quién encendió su afecto?

HERN. En cierta dama que es
mujer de un amigo vuestro.
(Observando el efecto que sus palabras producen en Miguel.)
La duquesa de Alcalá!

MIGUEL. (Ap. con ira.) (Oh! son mis recelos ciertos!)

PEDRO. (Apercibiendo al Rey.)
El Rey...

PESC. (En voz baja.) Guardar nos conviene
el más prudente silencio!
(Salen todos por distintas direcciones.)

ESCENA II.

EL REY, RUY GOMEZ DE SILVA.

REY. Si á hablar de Cárlos venís,
Ruy Gomez, en paz dejadme.
Quiero en medio de la fiesta
gozar de calma un instante,
olvidando en los jardines
el gobierno y sus azares.

RUY. Su majestad me perdone,
no vengo á hablar del infante.

REY. Pues entónces no concibo
qué afan vuestro labio trae.
(Ap. contemplando los grupos de señoras que atraviesan la galería, comenzando á llenar la escena.)
(Oh! bellezas de ojos negros
cuyos senos palpitantes
dejan entrever un mundo
de placeres insaciables;
encantadoras sirenas
que más rápidas que el aire
pasais cual pasa el relámpago
por esas nubes flotantes,
cuántos sueños en mi mente
al contemplaros renacen!)
(Volviendo de su éxtasis.)
Habla, Ruy Gomez, que pronto
vendrá el palaciego enjambre
de halagüeños cortesanos
y consejeros versátiles.
Háblame de cualquier cosa
que me distraiga ó me halague.

RUY. Señor, si lo permitís
hablaré de doña Cármen.

REY. (Con altivez.) Os propasais, caballero.
Esa audacia...

RUY. Perdonadme.

REY. Reina sólo por mi pecho,
vuestra reina, que Dios guarde!
(Se descubre respetuosamente.)

(Ap. y distraido.)
(Mucho tarda ya...)

RUY. Señor,
os escribe el de Alba...

REY. (Siempre distraido.) (En balde
la espero.)

RUY. (Insistiendo.) Si me ordenais...

REY. (Volviendo en sí y consigo mismo.)
Soy rey; debo refrenarme.
(Á Ruy Gomez.)
He interrumpido tu plática.
Continúa.
(Poniéndose la mano sobre el corazon y ap.)
(Cómo late!)

RUY. Decía á su Majestad
que las cartas oficiales
nos dan cuenta de la entrada
del Duque en varias ciudades
del Brabante; y que en Brusélas,
sin ningun tropiezo grave,
en las astas del palacio
hizo ondear vuestro estandarte.

REY. Rápida ha sido su marcha;
y sabré recompensarle
tan acrisolado celo.

RUY. Estas nuevas importantes,
don Fadrique, embajador
del Duque, trajo de Flándes.

REY. (Se sienta. Ruy Gomez pone un almohadon á sus piés.)
Enhorabuena.

RUY. Señor,
su curso sigue no obstante,
la rebelion...

REY. Explicaos.

RUY. Aseguran que el de Orange
hácia Namur se dirige,
y que una calma incesante,
pero sorda y precursora
de tormentas implacables,
su oscuro y fúnebre manto
extiende sobre el Brabante.

Conviértese en mudo el pueblo,
débiles se ven los grandes,
estéril la religion,
sin ley las autoridades.

REY. La pintura es harto cierta:
Ruy Gomez, aconsejadme.
¿Creeis que cuadre el castigo?

RUY. No hay pretexto razonable;
á un pueblo que llora y calla,
cómo podrá castigarse?

REY. Hacer justicia?

RUY. Tampoco.
Tras esa quietud mudable,
ruge horroroso volcan
que espera para inflamarse
una chispa solamente.

REY. ¿Qué debo hacer en tal trance?

RUY. (Con intencion.) Un hombre fiel y leal
pudiera salvar á Flándes.

REY. (Ap.) (Oh! qué idea!) (Alto.) Suponeis
que un hombre tan sólo baste?

RUY. Esta es mi humilde opinion.
(Con mucha intencion.)
Si al de Alcalá se enviase,
por ejemplo, que es honrado...

REY. (Ap.) (Serenemos el semblante;
no haga el rostro traslucir
del corazon los afanes!...
(Observando á Cármen, que se adelanta por el fondo, apoyada en el brazo de su marido el Duque de Alcalá.)
Cármen! Qué bella!)

RUY. Señor...

REY. Resolveremos más tarde...
(Da algunos pasos hácia Cármen; miéntras Ruy Gomez de Silva permanece inmóvil y pensativo en el proscenio.)
(Ap.) (El hombre es un lago hermoso
que susurra manso y suave;
pero el más leve guijarro
que se desprenda del márgen,
al penetrar en su fondo

con eco siniestro y grave,
enturbia sus puras aguas,
tan claras momentos ántes!
(Adelántase hácia Cármen, que se separa de su marido, y durante toda la escena siguiente se les ve pasear juntos en el fondo. El teatro va llenándose gradualmente de caballeros y damas de la córte.)

ESCENA III.

EL REY, CÁRMEN, el DUQUE DE ALCALÁ, en el fondo, MIGUEL DE LA CRUZ, el CONDE DE FERIA, el DUQUE DE MEDINA-SIDONIA, el MARQUÉS DE PESCARA, el BARON DE MONTIGNY, D. PEDRO DE MOYA, D. HERNANDO DE FRIAS.

RUY. (Ap.) (Cómo le arrastra el deseo.)
MEDINA. (Á Ruy Gomez.) (Dejad las cavilaciones...
RUY. Señor...
MEDINA. (Con intencion.) Cuántas atenciones
para Cármen!...
RUY. (Con embarazo.) Ya las veo!
MEDINA. Qué extraña es vuestra sonrisa...
RUY. La juzgais torcidamente...)
FRIAS. (En otro grupo.) (Del Rey la pasion vehement
á la legua se divisa.
FERIA. No es creible que Alcalá
para privada la eduque.
FRIAS. El de Alcalá? Pobre Duque,
que en morir no tardará.
El ambiente de la tumba
no es un ambiente de amor.
¡Desgraciado de su honor
desde el punto en que sucumba!
FERIA. Por qué no ha de serle fiel?
MEDINA. Porque es inocente y bella.
FERIA. Honrada y púdica es ella!
MEDINA. Astuto y pudiente es él.
FERIA. Vano su poder será
para rendir corazones.
MEDINA. El que domó cien naciones,
qué mujer no domará?

FRIAS. Qué pena á Silva aquejó?
MEDINA. La vida acaso le pesa,
desque el Rey por la duquesa
de su esposa se olvidó!

ESCENA IV.

DICHOS, el DUQUE DE ALCALÁ, que se paseaba en el fondo con algunos caballeros durante la escena anterior, y el OBISPO DE CUENCA, confesor del Rey.

MIGUEL. (Contemplando á Cármen y al Rey.)
(Siempre, siempre junto á ella!)
MEDINA. (Al de Alcalá.) Señor Duque, Dios os guarde.
DUQUE. Él á vos tambien.
MIGUEL. (Ap.) (Ya es tarde!)
DUQUE. (Dirigiéndose á Miguel y con cariñosa solicitud.)
(Qué desdicha te aquerella?
MIGUEL. (Despertando súbitamente de su meditacion al sentir la mano del Duque.)
Ninguna. (Con sonrisa forzada.) Será aprension!
DUQUE. (Con gravedad.) Dame la mano, Miguel.
Qué pensamiento crüel (Pausa.)
hace á tu risa traicion?
(Miguel baja la cabeza avergonzado.)
(Con cariño.) Por qué has de estar pesaroso?
Perdona que esté impaciente,
pues bien denota tu frente
que ha perdido su reposo.
No tomes mi empeño á mal;
discúlpame si te riño,
tú sabes que es mi cariño
un cariño paternal.
(Con emocion.) Paternal, decirlo puedo.
Cuando tu padre querido,
como soldado aguerrido
que jamás conoció el miedo,
al son del rudo clarin
riendas brindaba al enojo,
y en expiacion de su arrojo
perecía en San Quintin,
llamóme á su lado, y dijo

muriendo: «Vela por él,
»Alcalá, mira en Miguel
un hijo!»—Será mi hijo,
le respondí: él espiró,
yo la promesa cumplí,
un padre miras en mí,
y en tí un hijo miro yo.
Calcula al verte sin calma
mi sufrimiento sincero...

MIGUEL. (Ap. sin atreverse á mirar al Duque.)
(Conciencia, verdugo fiero,
no me destroces el alma!)

DUQUE. (Abrazándole.) No más el pesar taladre
tu merecido contento,
ni olvides el juramento
que hice á tu difunto padre.

MIGUEL. Tanto os adeudo, señor,
que si pagaros quisiera,
aunque un mundo entero os diera
quedára siendo deudor!)
(Vánse ambos á la galería del fondo, en la cual pasean juntos.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos MIGUEL DE LA CRUZ y el DUQUE DE ALCALÁ.

OBISPO. (Á Montigny.) Pero dejareis la córte
sin ver el auto de fé?

BARON. Dentro de un mes estaré
en las provincias del Norte.

OBISPO. (Insistiendo con intencion.)
Quedaos!

BARON. Si en mí estuviese...

OBISPO. (Con ironía.) Os convendría asistir...

BARON. Úrgeme mucho partir.

OBISPO. (Ap.) (Lo verás mal que te pese!)
(Vánse ambos. La escena va quedando sola insensiblemente, de modo que al terminar ésta, queden sólo en ella los personajes de la siguiente.)

ESCENA VI.

EL REY, DOÑA CÁRMEN.

CARMEN. (Adelantándose al proscenio.)
Señor, no puedo escucharos...
REY. Tomad al ménos mi vida,
aceptadla sin reparos,
que fuera un crímen miraros
y no amaros en seguida.
CARMEN. (Con ligera sonrisa.)
Pero es cierto que me amais?
REY. Seis meses van que os adoro,
seis, que en mi pecho reinais,
seis, que la vida me dais
con la esperanza que imploro!
Poder y amor os entrego.
CARMEN. El Rey Felipe segundo
sentir amor! Yo lo niego.
REY. Tengo un corazon de fuego
que es de nieve para el mundo.
CARMEN. (Con mal encubierta burla.)
El amor que en vos impera
correrá la misma suerte
que la flor de la pradera:
le dió el ser la primavera,
darále otoño la muerte.
REY. (Con fuego.) Creeis que echar al olvido
pueda nunca una pasion
que arrancar ha conseguido
con su fé el primer latido
á este yerto corazon?
CARMEN. Como una galantería (Riéndose.)
vuestros amores oí...
REY. (Con indignacion.) Señora, por vida mia,
compadeced mi agonía,
pero no os riais así.
Cuando el corazon se inflama
presa de este ardor ardiente,
que una esperanza reclama,
para no hacer de quien ama

una víctima cruelmente;
nada mata tan de prisa,
cual en los queridos labios
sarcástica ó indecisa,
ver, para colmo de agravios,
resbalar una sonrisa.
Risa cruel, indiferente,
verdugo de la ilusion
que apaga su hoguera ardiente,
gota de plomo candente
que calcina el corazon!
Con vuestro desden inerte
dad muerte al alma sumisa
si su tormento os divierte;
pero no me deis la muerte
señora, en una sonrisa!
Todo mi amor os prometo.

CARMEN. Ese amor es grande?

REY. Sí.
Medrando con el secreto,
es más grande que el respeto
que el mundo siente por mí.

CARMEN. El ascendiente perdido
tomeos el deber sereno.
Suponer habeis podido
que os entregára rendido
un corazon que es ajeno?

REY. Duquesa, vuelva el reposo
á mi acongojada frente,
y olvidando á vuestro esposo,
de este amor dulce y hermoso
gocemos impunemente.

CARMEN. Señor, pensásteis muy mal.
No es el Duque, á mi entender,
el villano desleal
que por el favor rëal
da el honor de su mujer!

REY. (Con ironía.) En breve estareis vencida.

CARMEN. Todo á mi honra lo pospongo!

REY. (Con sonrisa feroz.) Perdereis en la partida.

CARMEN. (Irguiéndose.) Vos disponeis de mi vida,
más de mi honor yo dispongo.

REY. Soy rey... Un cetro me abona!
Mal haceis en irritarme!

CARMEN. No es bastante esa corona
que vuestro poder pregona,
señor, para avasallarme!

REY. Si de mi afan voy en pos
he de triunfar como es llano...
No os olvideis, vive Dios,
que hemos nacido los dos,
vos mujer, yo soberano!
(Con sarcasmo.) Recordad que la mujer
es arbolillo que el viento
hace inclinar con placer,
pero que suele caer
cuando es su soplo violento!
El honor, la castidad
del frágil árbol donaire,
se estrellan, ¡sábia verdad!
ante la terca impiedad
de la inconstancia del aire!
Juez el tiempo habrá de hacerse
de cuanto os jura mi nombre;
qué mujer podrá oponerse,
ni qué valla interponerse
á la voluntad de un hombre?
Ved que en razones me fundo
que os lograrán convencer.
¡Al que ha conquistado un mundo,
al Rey Felipe Segundo
resistir una mujer!

CARMEN. Nada vuestro empeño avanza!

REY. Por la fuerza el imposible
se alcanza!

CARMEN. (Con soberano desprecio.)
Y si no se alcanza?

REY. Queda siempre la venganza...
(Con rabia sombría.)
Y siendo mia es terrible!
(Apoya las últimas frases, observando el efecto que producen en Cármen, y se adelanta hácia D. Martin de Padilla, que habrá entrado momentos ánte, y que aguarda en actitud respetuosa.)

ESCENA VII.

EL REY, RUY GOMEZ DE SILVA, D. MARTIN DE PADILLA. En el primer término de la izquierda un grupo formado por DOÑA CARMEN, el DUQUE DE ALCALÁ, MIGUEL DE LA CRUZ y el BARON DE MONTIGNY. Por el fondo grupos de cortesanos.

RUY. (Indicando con el gesto á D. Martin de Padilla.)
Señor...
REY. Quién es el osado?
RUY. Noticias muy graves son
las que su audacia disculpan.
REY. (Á Padilla.) Decid, que oyéndoos estoy.
PADILLA. (Entregándole un pliego.)
Ved este pliego...
REY. (Despues de recorrerle rápidamente con la vista, dice aparte con amargura.)
(Mi hijo
tambien es conspirador!
Mi hijo destronarme anhela,
padre infeliz!)
PADILLA. (Bajo al Rey.) (Aragon
está minado. Pescara
los manda.
REY. (Con ira.) Tambien traidor!
Si escarmiento necesitan
lo han de tener, sí por Dios!
PADILLA. Qué debo hacer?
REY. (Despues de reflexionar un instante.)
Mucha astucia,
hasta ver el hilo atroz
de la trama; nunca es tarde
para colgar á un traidor!
(Váse D. Martin de Padilla. El Rey, al volverse para despedirlo, ve al duque de Alcalá que besa las manos á su esposa, les dirige una mirada terrible, y aparentando leer el pliego que aún conserva en su mano, procura escuchar lo que hablan.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos D. MARTIN DE PADILLA.

DUQUE. (Á Cármen.) Duquesa, nunca tan bella
os soñára mi ilusion!
REY. (Ap.) (Oh! la requiehra. Escuchemos.)
BARON. Alcalá, qué feliz sois!
DUQUE. (Designándolos con la mano respectivamente.)
Mi esposa, mi fiel amigo;
estos mis cariños son...
Conmigo parten las horas
de placer y de dolor;
juntos, cuando me sorprenda
la muerte, veré á los dos.
De dar al cielo no ceso
las gracias, pues me legó
con el amor de una esposa,
de un amigo el corazon!
(Besa de nuevo las manos de Cármen y estrecha las de Miguel.)
REY. (Á Ruy Gomez, con voz sorda, sin separar la visto del Duque de Alcalá, que sonrie y habla con Cármen.)
Ruy Gomez, hace un momento
que hablando del agresor
movimiento del Brabante,
me aconsejó tu razon
que á apaciguarle enviára
un hombre digno y de honor...
RUY. (Con sonrisa maquiavélica.)
Comprendo á su majestad.
REY. Crees tú que ese campeon
pudiera salvar la vida?
RUY. No lo jurára, por Dios.
REY. Es cierto. Quién en el mundo
del mañana respondió?
RUY. (Ap.) (Pobre Duque)
REY. Á mil peligros
se expone un embajador.
Una bala traicionera,

un puñal, una ocasion...

RUY. Perdido está de seguro...

REY. Me entendiste?

RUY. Sí señor.

REY. (Sonriendo.) Muy bien.
(Alto al Duque.) Duque de Alcalá!

DUQUE. Señor? (Acercándose al Rey.)

REY. Préstame atencion.
No he olvidado tus servicios
ni tu indomable valor
en San Quintin; mereciste
un premio, á dártelo voy.

DUQUE. (Con sencillez.) Señor, la voz del deber
sofocó la del temor
en aquella atroz jornada;
que era noble y español
recordé... no sé qué premio
merezca tan pobre accion.

REY. Cuán modesto. Necesito
que de Madrid salgas hoy.

DUQUE. Partiré.

REY. Quiero que á Flandes
acudas sin dilacion
para terminar la guerra.
Te nombro mi embajador
extraordinario.

DUQUE. Pagaros
pueda yo tal distincion
con mi arrojo.

REY. Ven, que á darte
tus credenciales ya voy.
(Aléjanse ambos seguidos de Ruy Gomez. El baron de Montigny se retira por el fondo. Óyese, con los convenientes intervalos, una música que se supone del salon del baile.)

ESCENA IX.

DOÑA CARMEN, MIGUEL DE LA CRUZ.

MIGUEL. (Ap.) (Ah! por fin la puedo hablar.)

(Alto y con timidez.)
Mi presencia os importuna?

CARMEN. Sentaos. (Siéntanse ambos.)

MIGUEL. (Loco de alegría.) Oh! qué fortuna
poder junto á vos estar!
Dulce es vivir una hora
con el alma enajenada,
embebida en la mirada
de la mujer que se adora,
y oir sus gratos acentos,
que alejan duelos y agravios;
¡el acento de unos labios
que de amor están sedientos!

CARMEN. (Con mucha emocion.)
Callad, Miguel, por favor.
Vuestra voz mi honor desdora.

MIGUEL. (Con pasion y respeto á la vez.)
No temais nunca, señora,
que yo falte á vuestro honor.
Maldito el hado terrible
que tal vez para perdernos,
se ha complacido en hacernos,
bella á vos, á mí sensible!
Quisiera, de mi dolor
saber apreciar la palma,
no tener dentro del alma
un santuario del honor.
Un corazon deseára
sin virtud, sin ley, sin freno;
quisiera un pecho de cieno
que ante nada vacilára,
para hollar la fé temida
y prescindir del deber...
¡y así quizás obtener
lo que es vida de mi vida!

CARMEN. (Con dignidad.) Piedad lograis inspirarme.

MIGUEL. (Con ansia.) Nada más?

CARMEN. Justicia hacedme.

MIGUEL. (Conmovido.) Haceis bien; compadecedme
ya que no podeis amarme!
(Ap.) (Duque de Alcalá, detente;
mi honor triunfará en sus lides.

Infame no me apellides,
ni me juzgues delincuente!)
(Alto.) Infame! Oh! Dios, si lo soy;
vuestro reposo turbándoos,
largo tiempo há que incitándoos
á un torpe perjurio estoy!
Huésped, obligado amigo
de vuestro marido siendo,
su deshonor pretendiendo
más parezco su enemigo!
(Con desesperacion.)
Oh! desechad este amor
aunque vuestro afan halague.
No permitais que así pague
á mi noble bienhechor!
Robo de su ancianidad
el tesoro predilecto!
(Estremecido.) ¡El odio paga al afecto,
la traicion á la lealtad! (Pausa.)
Y sin embargo, reclamo
piedad por ansia tan loca.
Si yo escuchase á esa boca
decir un dia: «Te amo,»
mi amor y mi ser unidos
os legáran su tesoro.
(Con ternura.) Sabeis lo que es un «te adoro»
en esos labios queridos?
La amistad por vos hollára,
mi honor de hinojos os diera,
y si poco os pareciera
la vida os sacrificára!

CARMEN. Yo no os puedo condenar,
Miguel, en vuestra alma leo,
que en lucha con su deseo
no se dejará arrastrar.
Comprendo vuestra ternura;
noto vuestra palidez,
presiento hasta la embriaguez
que ese cariño os procura,
y si libre el corazon,
como en un tiempo latiese,
tal vez sordo no estuviese

al eco de esa pasion...
Como vos, puede que más,
ese amor sintiera ciego,
sin límites, cuyo fuego
no se domina jamás.
(Volviendo de su delirio.)
Pero sin hacer traicion
no puede la fé jurada
violar, el alma enterrada
viviente en su panteon.
Sacudid tal sueño ya
vuestro delirio acallando,
al ver que os está escuchando
la Duquesa de Alcalá!

MIGUEL. (Con alegría.) Oh! Sin esa circunstancia!...

CARMEN. (Interrumpiéndole.)
No hallo razon que os abone...
Ese título me impone
fidelidad y constancia!

MIGUEL. Pero á mi amor delirante
ni una esperanza dareis?

CARMEN. Os permito que me ameis;
ya es permitiros bastante!

ESCENA X.

DOÑA CÁRMEN, MIGUEL DE LA CRUZ, el DUQUE DE ALCALÁ, en traje de guerra.

DUQUE. Vengo á deciros adios!

CARMEN. Partís, señor? (Sorprendida.)

DUQUE. Sin tardar
para Flándes salir debo.

CARMEN. Duque, ¿y sola me dejais?

DUQUE. Sí, Cármen.

CARMEN. (Cada vez más sorprendida.) Pero esta misma
tarde partireis?

DUQUE. Sí tal.
(Con respeto y descubriéndose al nombrar al Rey.)
Lo ordena el Rey, que Dios guarde,
y es fuerza su voluntad
ver cumplida.

CARMEN. (Insistiendo casi con desesperacion.)
Hasta mañana
no pudiérais demorar
vuestro viaje?

DUQUE. Aunque quisiera,
mi honor empeñado está.
(Con ternura.) La tristeza que sentís
bien sabe el rostro pintar.
Amargo y cruel es el trance,
pero para mí lo es más.
(Conmovido.) Infeliz del que abandona
honor, cariño y hogar!

CARMEN. Y de este imprevisto viaje,
cuál es el motivo, cuál?

DUQUE. Una mision del monarca
que debo comunicar
al de Alba, que en Bruselas
defiende el pendon rëal...

MIGUEL. (Al Duque sin poderse contener.)
Eso no es causa, es pretexto!

DUQUE. ¿Qué osó tu labio exclamar?

MIGUEL. Oh! Duque, en guardia vivid
refrenando esa lealtad!

DUQUE. El Rey es el que me manda,
y á fuer de noble y leal,
someterme á sus mandatos
sin juzgarlos es mi afan.
Es Rey; el favor divino
puso en su frente una real
diadema, que yo venero
como á la cruz del altar!
Dios y no yo sus acciones
algun dia juzgará;
si obra bien sabrá premiarle;
demandarle si obra mal!
Aunque un crímen me exigiese,
hiciéralo sin tardar,
que pues el Rey es quien manda,
es él, y no mi lealtad,
quien de ese crímen al cielo
cuenta estrecha habrá de dar.

MIGUEL. Perdonadme si el cariño

pudo hacerme tan audaz. (Pausa.)

DUQUE. (Á Cármen que, con la cabeza baja, parece sumida en una profunda meditacion.)
Adios, Cármen; saturado
de pena mi pecho está.

CARMEN. (Dando rienda suelta á su anhelo.)
Oh! no partais! (Movimiento de Miguel.)

DUQUE. (Asombrado.) Tal creísteis!

CARMEN. (Insistiendo.) Por Dios, Duque, no partais!

DUQUE. Á su palabra, señora,
nunca faltó el de Alcalá!

CARMEN. Apellidadme importuna,
pero que insista dejad.

DUQUE. Las súplicas son estériles.
Cuando el Rey me quiere honrar
con una mision tan alta,
con un peligro quizás,
creeis que de lo ofrecido
me pueda yo retractar?
¿Qué pensaría la córte
si cobarde y desleal
no obedeciese á mi Rey?
(Á éste.) Miguel, con sinceridad
contesta... ¿Debo partir?

MIGUEL. (Miguel de la Cruz va á decir sí. Cármen le mira con fijeza.)
Oh! señor... no sé...

CARMEN. Me da
tambien la razon...

DUQUE. Duquesa,
serénese vuestra faz.
Os honra mucho, señora,
honrar á la ancianidad,
bañando mi anciana frente
con destellos, de piedad
más que de amor, cual los últimos
que cuando se va á ocultar
el poniente sol irradia
con su lumbre desigual,
(Conmovido, tomándola las manos con ternura.)
Tanto como en este mundo
puede el corazon amar

os amo yo, y sin embargo
no complazco vuestro afan...
Que han de ser muchas y graves
mis razones calculad. (Resueltamente.)

CARMEN. Pues las comprendo no os ruego...
pero ya que no os quedais,
permitid que acompañándoos
pueda mi deber llenar.

DUQUE. Los peligros de la guerra
vuestro amor desafiará?

CARMEN. Á seguiros decidida
me encuentro.

DUQUE. Reflexionad...

CARMEN. Decid, Miguel...

MIGUEL. (Ap.) (Cruel tortura!)

CARMEN. Hago en ello bien ó mal?

MIGUEL. (Presa de una terrible lucha.)
Señora... (Ap.) (Parte, Dios mío.)

CARMEN. (Con imperio.) Contestad!

MIGUEL. (Cármen mira á Miguel tenazmente; éste baja la cabeza y dice con gran esfuerzo:)
Muy bien obrais!

CARMEN. (Al Duque.) Ya escuchais, Duque; esta gracia
me podreis negar?

DUQUE. (Sospechando ligeramente.) Hablad,
que me asusta tal empeño.

MIGUEL. (Ap. desesperado.) (Qué situacion tan fatal!)

CARMEN. Un presentimiento vago,
de luto y duelo tenaz,
si no me llevais, se agita
de mi pecho en la mitad.
Si no partiese, Dios quiera
que se equivoque mi afan!
juzgo, Duque, que esta córte
mil penas me acarreará.

DUQUE. Extraño presentimiento!

CARMEN. Yo más no puedo explicar...
(Arrojándose á las plantas del Duque.)
pero llevadme á Brusélas,
no me dejeis, Alcalá! (Con acento terrible.)

DUQUE. (Levantándola.) Pues que tanto lo quereis,
venid.

CARMEN. (Con júbilo inmenso.) Gracias!
MIGUEL. (Ap. con amargura.) (Oh! bondad
del cielo, préstame fuerzas
ó apaga este atroz volcan!)
DUQUE. (Despidiéndose de Cármen, que baja abatida la cabeza.)
Triunfásteis. Voy del monarca
permiso á solicitar.

ESCENA XI.

DOÑA CÁRMEN DE ALCALÁ, MIGUEL DE LA CRUZ.

MIGUEL. (Con la rabia sorda de la desesperacion y exaltándose á medida que habla.)
Cármen, por última vez
oís mi voz anhelante!
Habeis jugado bastante
con mi amorosa embriaguez?
Decidme si en mi amargura
hallais benéfica calma,
ó si en destrozar mi alma
encontrais vuestra ventura.
Que me comprendeis decis,
que leeis mi pensamiento,
que veis todo mi tormento,
¡y sin embargo, partís!
Ó tal ofensa os he hecho
pidiéndoos una esperanza,
que anhelais, como en venganza,
clavar un dardo en mi pecho?
Bastante no es el desden
para colmar mis agravios?
Es preciso que esos labios
me den la muerte tambien?
Descontenta ya de herirme
con el desprecio y odiarme,
necesitais lacerarme
el alma... y despues huirme!
Respondedme, ante el esposo
que proclamais vencedor,

señora, de vuestro amor,
consultarme era forzoso,
y exigir mi aprobacion
para esa partida fiera, (Muy conmovido.)
que seca hasta la postrera
fibra de mi corazon?

CARMEN. (Principia con mucha calma, y va exaltándose gradualmente, de modo que al terminar el parlamento aparezca muy conmovida.)
No acertais á comprenderme
tal ofensa al inferirme:
lo que osais reconvenirme
debiérais agradecerme.
Si yo invocando la calma,
en mi contínuo luchar
he pretendido acallar
los impulsos de mi alma;
si quiero el fuego ardoroso
domar de la juventud,
y buscando en la virtud
el olvido y el reposo,
solo encuentro halagadores
deseos vituperables,
y pensamientos culpables
que aparecen seductores,
—de vuestra pasion reclamo
piedad, si tanto escuchais,—
si vos mi calma turbais,
si os evito porque os amo,
—hoy que de mi honor en pos
parto, lo puedo decir,—
sin un apoyo vivir
no debo yo junto á vos;
que habría de ser infiel
tal vez en cercano dia,
porque sin duda sería
de ese amor víctima cruel.
Que dispute permitid,
al comprender mi rigor,
los despojos de un honor
que sucumbe en esa lid.
Si el ser noble os envanece,

decid, pues nada ignorásteis:
¿la compasion que invocásteis,
cuál de los dos la merece?

MIGUEL. (Con vehemencia.) Señora, aceptad la esencia
más que nunca de mi afan...
Cuánto os agradezco tan
expansiva confidencia.
(Con expansion.) Si os amaba, ya os adoro.
(Movimiento de Cármen. Reaccion en Miguel.)
No temais que mal sujeto
mi labio vierta un secreto
que es de vuestro honor desdoro...
No creais que mi pasion
cause nunca vuestra mengua,
ni receleis que á la lengua
subir pueda el corazon...
(Con penoso esfuerzo.)
Vuestra quietud conseguid,
no mi amor la esterilice...
(Con reprimida angustia.)
ahora es él quien os dice
partid, duquesa, partid!
Seres tales como vos
que no aquí, en el cielo moran,
solo de hinojos se adoran;
se veneran como á Dios!
(Arrodillándose respetuosamente ante Cármen despues de descubrirse y besando su mano conmovido.)

CARMEN. (Con angustia.) Miguel!

MIGUEL. (Limpiándose una lágrima, y haciendo esfuerzos por aparecer sereno.)
Mi pena no es tanta,
que si no os puedo querer
cual se quiere á una mujer,
os respeto como á santa!
Y en mi calvario siniestro
no habrá una gloria mayor,
que la de elevar mi honor
hasta la altura del vuestro.

CARMEN. (Con rapidez.) Se acercan!

MIGUEL. (Contemplándola.) Dicha ilusoria!

CARMEN. Sé vuestra pena apreciar... (Con emocion.)

(Con gravedad.) Y ahora tratad de olvidar,
Miguel, hasta la memoria.
(Entran el Rey, el Duque de Alcalá y Ruy Gomez de Silva.)

ESCENA XII.

DOÑA CÁRMEN, MIGUEL DE LA CRUZ, EL REY, EL DUQUE DE ALCALÁ y RUY GOMEZ DE SILVA.

REY. (Sonriendo.) Señora, quereis partir? (Á Cármen.)
Vuestro afan no lograreis.
CARMEN. (Ap. con inmensa amargura, y mirando á Miguel.) que no puede disimular un movimiento de alegría al saber que la duquesa no parte.)
Gran Dios, qué he dicho!
REY. (Impasible.) ¿Quereis
condenaros á morir
tan jóven y tan hermosa?
Sólo en Brusélas hay duelo,
y más que tierra su suelo
es una tumba horrorosa.
DUQUE. (Contrariado.) Señor, debo obedecer
cuanto ordeneis...
REY. (Severamente.) Qué te extraña?
DUQUE. Pero pienso que en España
tambien pudiera correr
peligros...
REY. Dama de honor
de la reina yo la nombro!
DUQUE. Dispensadme si me asombro...
REY. (Con imperio.) No debe partir!...
DUQUE. (Inclinándose respetuosamente.) Señor!...
CARMEN. (Con creciente agonía.)
Solo parte! Y á Miguel
dí mi amor con labio audaz!
REY. (Dando á besar su mano al Duque de Alcalá.)
Buen Duque, partid en paz!
MIGUEL. (Ap. con indefinible expresion de alegría.)
Sola queda!
DUQUE. (Acercándose á Cármen.) ¡Instante cruel!
(Váse el Rey, seguido de Ruy Gomez de Silva, c

el cual pasea por la galería, sin perder de vista á Cármen.)

ESCENA XIII.

DOÑA CÁRMEN, EL DUQUE DE ALCALÁ, MIGUEL DE LA CRUZ.

CARMEN. (Arrojándose al cuello del duque y besando su frente con ternura filial.)
Me dejais?
DUQUE. (Afectado.) Mal que me cuadre!
CARMEN. Con vos se va mi reposo,
porque unido al del esposo
pierdo el apoyo del padre!
DUQUE. (Tomando de una mano á Miguel, y de la otra á Cármen, y adelantándose con ellos al proscenio.)
Mientras allá en cruda guerra,
doy nuevo lustre á mi historia,
ó palmas de eterna gloria
gano, mordiendo la tierra,
no sin vender mi ataud
al enemigo muy caro;
tú, Miguel, espejo claro
de lealtad y gratitud,
jura, por lo que yo pida,
guardar el bien que aquí dejo,
y el honor que el pobre viejo
aprecia más que la vida.
Quedará mi bien seguro?
Quedará limpio mi honor?
Jura por la cruz...
MIGUEL. Señor...
DUQUE. Y por tu madre.
MIGUEL. Lo juro!
Cármen! Estrecha su mano...
(Á Miguel.) Calma su pesar sincero...
Sé su leal compañero...
eso es poco, sé su hermano!
(Casi ahogado por el llanto.)
Vence sus tribulaciones
con tu noble proteccion...
(Colocando su mano sobre la cabeza de Cármen.)

Este es mi mejor blason...
(Con energía.) Te lo entrego sin girones!
(Pausa.) Y si de la muerte en pos
camino, al buscar la gloria,
(Abrazándolos á un tiempo.)
tributad á mi memoria
una lágrima los dos!

MIGUEL. Os lo juro sin doblez! (Despues de vacilar.)
(Ap.) (Trance terrible y violento.)

DUQUE. (Con solemnidad.) Yo cumplí mi juramento!
Cúmpleme el tuyo á tu vez!
(Abrazando á Cármen.)
Adios, esposa querida!

CARMEN. Cuánto sufro! (Se va el Rey.)

DUQUE. (Abraza á Miguel.) Adios, Miguel!
(Ap.) (Dios me la conserve fiel!)

CARMEN. (Ap.) (Dios me le vuelva con vida!)
(Sale el Duque.)

ESCENA XIV.

DOÑA CÁRMEN, abismada en llanto, MIGUEL, abstraido, en el proscenio.

MIGUEL. Velar por ella? Y mi amor?
Y el sagrado juramento?
(Despues de una terrible lucha, en un arranque de hidalguía.)
Cobra, Alcalá tu contento,
que está seguro tu honor!
(Sale por el fondo: telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala en el palacio del Rey en Madrid. — Puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones de la duquesa, y otra á la derecha que da á las del Rey. — En el fondo un balcon, que, abierto, dejará ver la ciudad. — Principia á oscurecer.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA, el DUQUE DE GLYME, el MARQUÉS DE PESCARA, el BARON DE MONTIGNY, en seguida D. MARTIN DE PADILLA, CABALLEROS formando grupos.

MEDINA. Dicen que el de Alba, al esposo
de la duquesa ha prendido.
PESC. No lo creais. Esas son
noticias de córte.
MEDINA. (Con intencion.) Han dicho
tambien, há poco, personas
que disfrutan de prestigio,
que á don Cárlos, el infante,
de Flándes en el camino,
le han preso, porque rebelde
le suponen.
PESC. Es verídico.

PADILLA. (Variando la conversacion.)
Y doña Cármen del Duque
sabe la prision?
MEDINA. Opino
que al Rey no le convendrá
que la sepa.
PESC. Siempre el mismo!
MEDINA. Señores, bastante tiempo
há que su suerte he predicho...
En favorita del Rey
vendrá á parar, os lo afirmo.
PESC. Muchas versiones circulan,
y á juzgar por lo que he oido...
MEDINA. Sabrosa murmuracion!
Qué oísteis contar? Decídnoslo!
PESC. La favorita... Lo es.
(Apoyando la última frase.)
Vencida por el cariño,
porque Miguel de la Cruz
no abandone este recinto,
del Rey impetró una gracia.
MEDINA. Se cuenta así?
PESC. Yo lo he oido...
Son indiscretos los pajes,
y alguno afirma—lo ha dicho—
que al Rey entregó un billete
por doña Cármen escrito,
solicitando el favor.
MEDINA. Calumnia tal vez.
PESC. Indicios
vehementes hay en apoyo
de la version que ha corrido.

ESCENA II.

DICHOS y MIGUEL DE LA CRUZ.

MEDINA. Miguel de la Cruz.—Silencio!
MIGUEL. Dios os guarde.
PESC. Noble amigo!
(Todos le dan la mano con halago lisongero.)
MIGUEL. Murmurando?

MEDINA. Lo de siempre.
MIGUEL. Es el manjar sabrosísimo
de la córte en antesalas.

ESCENA III.

DICHOS y un PAJE, entregando un pliego á MIGUEL DE LA CRUZ.

MIGUEL. Es para mí el sobrescrito.
BARON. El sello del Rey!
MIGUEL (Al Paje.) Dejadnos. (Váse el Paje.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos el PAJE.

MIGUEL. (Ap. despues de leer el pliego.)
Oh! duquesa, el que te ciega
terrible amor, me ha perdido!
Señores, ved lo que reza.
(Todos permanecen sorprendidos. Miguel enseña el nombramiento, y dice con furor concentrado.)
Jefe de la Guardia real
me nombra el Rey...
BARON. Qué vergüenza
PESC. (Ya habreis visto que poseo
noticias muy verdaderas.)
GLYME. (Irónicamente.) Extraño es este favor,
y extraña la coincidencia
de llegar en tal momento...
MIGUEL. (Con altivez.) Qué osais decir? Supusiérais?...
PESC. (Exaltándose.) En semejante ocasion
cabe muy bien la sospecha!
La traicion busca el misterio...
MIGUEL. (Ciego de ira.) Vive Dios, calle tu lengua,
si no quieres que mi espada
la cercene sin más tregua.
(Sacan ambos las espadas.)
GLYME. (Á Pescara.) Y capaz con un traidor
de medir fuérais la vuestra?
MIGUEL. (Desesperado.) Traidor me llaman á mí!
Traidor yo!

PESC. (Al duque de Glyme.) Sí; fuera mengua
(Guardando su espada.)
reñir con él. Retirémonos. (Á los demas.)

MIGUEL. (Impidiéndole que salga.)
Despues que laveis la ofensa!

PESC. Huyamos!

MIGUEL. Pero no sueño!
Yo traidor!

GLYME. (Con ira.) Salgamos fuera.

MIGUEL. Esperáos. Siempre intacto
conservé mi honor!

PESC. La prueba!

MIGUEL. (Despues de una gran lucha, con frialdad.)
Voy á darla...
(Escribiendo, y hablando en voz alta.)
«Yo el vizconde
Miguel de la Cruz, en plena
posesion de mi cordura,
escribo aquí de mi letra:
que en favor de los flamencos
juro mi sangre y mis fuerzas
emplear, miéntras un hálito
asegure mi existencia!»
(Á Pescara entregándole el escrito.)
Tú el primero que inferiste
á mi honor tan grave ofensa,
guarda esta carta, que es
de mi muerte la sentencia.
El dia en que desconfies
de mis palabras, enséñala.
Acepto el favor del Rey.
Notad que de hoy más, me fuerza
el nombramiento, á ser guardia
de su magestad excelsa;
gozaré su confianza,
mia será su existencia.
No lo olvideis. Id ahora
sin ningun recelo.

PESC. (Estrechando su mano.) Sea.
(Todos salen por distintas direcciones, dominados por el ascendiente de Miguel.)

PMIGUEL. (Solo, golpeando la mesa en un arranque de có-

lera.) Obra suya es todo esto!
Silencio! que allí se acerca.

ESCENA V.

MIGUEL DE LA CRUZ, DOÑA CÁRMEN.

CARMEN. (Entrando y sonriente.)
Estais ya satisfecho?
MIGUEL. (Con ironía.) Sí señora.
No parto de Madrid, tranquilizáos.
CARMEN. Sí, Miguel.
MIGUEL. (Paseándose con agitacion.)
Y pensásteis ni un segundo
tenerme á vuestros piés encadenado?
CARMEN. (Con dolor.)
Ni una palabra más; partid sin tregua,
pues tanto lo anhelais. Del soberano
conseguiré que el nombramiento anule,
y libre quedareis, si os place tanto!
MIGUEL. El instante es supremo: si prudente
vuestra presencia evito es porque os amo.
Nos amamos los dos; pero en el medio
de este afecto el honor destella intacto,
del hombre que á guardar dióme en depósito
su brillante blason inmaculado.
Un juramento le presté solemne,
y pésie á mi pasion no he de violarlo;
que ni aquel que la patria nos exige
más respetos merece ni es más santo.
CARMEN. Para siempre partís?
MIGUEL.. Sí, para siempre.
CARMEN. Al jurarme tu amor mintió tu labio!
Y estos los hombres son! Ah! cuán distinto
es nuestro ciego afan tan mal pagado!
Nosotras las que amamos con locura,
convertimos el alma en altar sacro
de eterna fé, de sin igual cariño,
de abnegacion; y en él sacrificamos
honores y deber, patria y esposo...
por gozar de sus dichas inmolándonos!
Vosotros en lugar de corazones

abrigais las sentinas del engaño.
La vanidad calcina nuestros pechos;
y del orgullo los reflejos falsos
concentran vuestro afan; que ve el cariño
cual de ese orgullo el merecido lauro.
Por halagar no más vuestras pasiones,
las consecuencias tristes despreciando,
no reparais en devorar la honra
de la infeliz que hallais á vuestro paso,
sin que un instante la virtud temida
su pedestal á la razon brindando,
en el borde os detenga del abismo
desnuda vuestra infamia señalándoos!
Obteneis el favor por el cual ántes
un mundo, á poseerlo, hubierais dado,
y entónces al medir con calma fria
todo el mal que causásteis inhumanos,
creyendo ver fantasmas vengadoras,
el sino maldecís sin acusaros...
y á medida que en fúnebres cenizas
de aquel amor el fuego habeis trocado,
á la par que la calma os va volviendo,
la perdida honradez vais recobrando!
Con la esperanza del amor futuro
borrais las huellas del amor pasado!

MIGUEL. Yo no os debo escuchar. (Intenta retirarse.)

CARMEN. Oh! la conciencia!

MIGUEL. Á partir me decido.

CARMEN. (Interponiéndose.) Atrás el paso! (Pausa.)
Yo tranquila vivía sin temores.
Un dia y otro más, miré los años,
en calma discurrir, sin que las heces
del cáliz del dolor gustase el labio.
En hogar apacible, con mi esposo,
libre del sueño que la paz robando
de su vírgen candor despoja al alma,
te apareciste tú, noble y gallardo,
á turbar con tu amor la casta dicha
que gozaban la niña y el anciano.
Y despues que en esclava me trocaste,
despues que la ponzoña he respirado
de tu letal cariño de sirena,

que arrastra á su pesar débil el ánimo,
con la ausencia pretendes que se apague
el incendio de amor que me has causado?
No te apartes de mí... Mas con la ausencia
si firme es el amor se va agrandando.
Y si huyes por temor de la venganza,
cómo se ha de vengar quien ama tanto?
De mí no te separes. Yo te adoro.
(Vuélvese y ve al Rey, que está en escena desde un momento ántes. Cármen, aterrada y con un movimiento de indecible terror se agarra á la chimenea.)
(Es el rey, Dios del cielo ¡y me ha escuchado!
(Váse Cármen.)

ESCENA VI.

MIGUEL DE LA CRUZ, el REY, seguido de sus PAJES y de RUY GOMEZ DE SILVA y PADILLA.

El Rey penetrado de lo que ocurre, finge, sin embargo, no haberlo oido.

REY. (Su acento de amor cayó
como plomo derretido
sobre mi pecho!)
MIGUEL. Gran Rey! (Se prosterna.)
(El Rey lo mira afectuosamente.)
REY. De tu lealtad me fío.
Se conspira contra mí! (Ap. á Padilla.)
Del conspirador exijo
saber el nombre. (Con mucha intencion.)
PADILLA. Señor...
REY. No pecas de inadvertido.
Mi gracia á quien lo descubra.
PADILLA. Procuraré descubrirlo.
(Váse á una seña del Rey.)
REY. (Á Miguel.) Por qué de hinojos? Levanta.
MIGUEL. Manifestar me es preciso
la gratitud que en mi pecho...
REY. Al premiarte justo he sido.

Retiraos un instante.
Estar solo necesito. (Vánse todos.)

ESCENA VII.

EL REY solo.

Salga al semblante la cólera
que en el alma he reprimido!
Lucha desigual que humilla
mi régio blason altivo.
Entre el rey y su vasallo
no cabe libre albedrío.
Los vasallos obedecen.
¡El rey es obedecido!
Es doña Cármen. Finjamos.

CARMEN. (Aquí el monarca. Dios mio!)

ESCENA VIII.

EL REY, DOÑA CÁRMEN.

REY. Por qué evitaste há poco mi presencia?
Te importuna mi afecto verdadero?
Dueño no quieres ser de mi existencia
que sólo para tí prolongar quiero?
Destellos de tu amor son mi esperanza;
haz que en mi pecho la esperanza more,
y mis celos trocando por bonanza
que al adorar tu faz la vida adore.
Necesito el amor que hay en tu pecho
como el enfermo á quien el miedo agita,
para saber que aún vive, sobre el lecho
la blanca luz del alba necesita. (Se arrodilla.)

CARMEN. Vestís, señor, la dignidad suprema;
no ante mí os humilleis puesto de hinojos!

REY. Qué me importa ceñir régia diadema,
si lleva el corazon otra de abrojos!
La dignidad real? Tédio me inspira!
La cámara del rey, Dios lo consiente?
es antro impuro do la vil mentira

levanta impune su cobarde frente.
Servil adulacion, falso desvelo,
que un soplo de la suerte desmorona,
traicion oculta por fingido celo...
Y aún hay quien ambicione una corona!
(Pequeña pausa.)
Pero si logro verte, si en tus labios
una frase de amor dulce adivino,
de mi trono olvidando los agravios,
bendeciré mil veces mi destino!
Yo trocaré mi rostro en placentero,
mi pecho latirá dulce y clemente,
y Felipe segundo, el rey austero,
de amor la llama llevará en la frente.
Eco de tus placeres ó tus penas
feliz será si con su amor le miras,
y sabrá obedecer si tú lo ordenas,
y sabrá suspirar si tú suspiras.

CARMEN. Mi confesion de amor el Rey implora
y á mi pecho la pide, no á mi lengua.
Ay! señor, cuántas veces una hora
llena una vida de baldon y mengua,
si en lid cobarde esclavizada el alma,
ante el ánsia falaz de los placeres,
cual nave sin timon, falta de calma,
desatiende la voz de sus deberes.
Que aumente permitid vuestro suplicio,
aunque llorando mi dolor exhale,
que una vez arrojada al precipicio,
ni sirven preces, ni la enmienda vale!
(Seca una lágrima de sus ojos. Va cerrando la noche.)

REY. (Enajenado.)
Lloras, Cármen? Tu pecho he conmovido?

CARMEN. (Reponiéndose y tras una leve pausa.)
Cuándo Alcalá termina su embajada?

REY. (Sombrío.) (Horrible desengaño inmerecido!
¡Todo era para él; para mí nada!)
(Alto y con sonrisa sardónica.)
Por Dios que no lo sé!

CARMEN. Vuestra clemencia
imploro en su favor; harto ha lidiado...

REY. (Frenético de rabia y celos.)
Y delante de mí tú por su ausencia
te atreves á llorar?
CARMEN. (Aparentando indiferencia.) Si no he llorado!
REY. Dí, me amas aún? (Con ternura.)
CARMEN. (Bajando la cabeza.) Señor...
REY. (Ap.) (Se calla!
Silencio sepulcral; siempre lo mismo,
y en mi pecho rugiendo esta batalla,
que acercándonos va del hondo abismo!
Responde una palabra al que te implora.
Mi insistencia...
CARMEN. Apartad!
REY. (Estático.) Desvío extraño!
Te adoro con pasion.
CARMEN. (Desasiéndose.) Soltad!
REY. Señora,
tambien me aborreceis? Qué desengaño!
(Casi con espanto.)
(Llénase de pronto la escena de alabarderos, al frente de los cuales aparece D. Martin de Padilla. El Rey se separa de Doña Cármen, que da muestras de su asombro.)

ESCENA VIII.

EL REY, DOÑA CÁRMEN, D. MARTIN DE PADILLA.

REY. Padilla, qué significa?...
Graves, para que os entreis
de este modo, los motivos
serán.
PADILLA. Perdonad, mi rey.
Dios ha querido salvar
con su infinita merced,
la corona de la España!
REY. Cielos! qué es lo que escuché?...
PADILLA. Los conjurados cayeron
en nuestra tendida red.
REY. Gracias á Dios!
CARMEN. (Ap. con angustia.) (Suerte impía!

Qué angustia! Acaso Miguel...)

REY. Tarde ó temprano del crímen
triunfante sale la ley!
Habla pues!

PADILLA. Mis alguaciles
han conseguido prender
á Frias, á Montigny,
á Glyme.

CARMEN. (Vivir podré!
No le han nombrado!)

REY. Y en dónde
está la canalla infiel?

PADILLA. En las lóbregas mazmorras
del Tribunal de la Fe.
Ya el Santo Oficio reunido
espera que le mandeis
para condenar...

REY. Padilla,
por Dios, que cumpliste bien!

PADILLA. Aún no es todo.

REY. Cuenta, cuenta,
que es inmenso mi placer.

CARMEN. (Ap.) (Dios mio!)

PADILLA. Vacila el labio...

REY. (Con amargura.) Te comprendo. Calle pues!
(Ap.) (Mi hijo, sí, siempre mi hijo...)

PADILLA. Pero...

REY. (Con severidad.) He dicho que calleis!
(Ap.) (Se empeña el cielo en probarme.
Desgraciado y pobre rey!
Oh! corona, mas bien eres
corona del padecer,
que es muy pesada tu carga
para tan débil sosten!)
(Á Padilla.) Que al infante se respete.
Persona sagrada es,
y el derecho de juzgarle
corresponde sólo al rey.
Aunque fué muy terrible
cumpliré con mi deber,
y á la Santa Madre Iglesia,
por Dios que defenderé,

derramando hasta mi sangre,
si es fuerza hacerla correr!
¡No olvideis lo que os encargo!
(Á Padilla.) Dejadme ya.
(Los alabarderos se retiran. D. Martin de Padilla, inmóvil, saca un pliego de su jubon. Cármen hace un medio mútis.)
(Á Cármen cariñosamente.) Vos tambien
os marchais, única estrella
de mi opaca lobreguez?
(Viendo que D. Martin de Padilla no se ha marchado, y en un arranque de cólera.)
Vive Dios! mis altas órdenes
osais desobedecer?

PADILLA. Señor, si á tanto me atrevo
graves motivos tendré.

CARMEN. (Ap.) (Corazon, que tu agonía
no suba al rostro.)

PADILLA. (Entregando al Rey el pliego.) Leed.

REY. (Palideciendo y mirando á Cármen, que le observa.)
(Leyendo.) «Yo el vizconde de Cerdeña...»

CARMEN. (Ap.) (Dios!)

REY. (Ap.) (Cuánto sufre!) (Leyendo.)
«Miguel
»de la Cruz, de los flamencos
»á favor y contra el Rey,
»juro en este documento
»toda mi sangre verter!»
Pláceme tan buen hallazgo,
que es curioso este papel.
(En voz baja á Cármen, con cólera sorda.)
Y es de vuestro protegido,
y su traicion clara es!

PADILLA. En las ropas de Pescara
este pliego logré ver,
al registrarle en la puerta
de la cárcel.

CARMEN. (Ap.) (Sospeché
con razon.)

REY. (Con sonrisa terrible.) Estoy contento,
y no es pequeño el quehacer

que le deparo al verdugo...
Los grandes quieren que el Rey
dé lecciones? Las daremos;
pero tales han de ser,
que á pedir no vuelvan otras,
lo juro pór mi dosel!
Parece que la cabeza
les pesa...

CARMEN. (Ap.) (Pobre Miguel!)

REY. Les haremos el favor,
ya que en mí ponen su fé
de quitarles ese estorbo!
(Á Padilla.) Sin más demora prended
al vizconde de la Cruz,
don Martin.

PADILLA. Le buscaré
diligente; está en palacio.

CARMEN. (Ap.) (Ganemos tiempo.)

REY. Id por él.

CARMEN. (Muy turbada.)
No está en palacio el vizconde.
Salió de Madrid.

PADILLA. Creed
que há un instante en esta cámara
con él en persona hablé.

REY. (Tomando de la mano á Cármen y con reconcentrada rabia.)
Tal lenguaje os compromete!
Señora... prudente sed.

CARMEN. Yo creía... (Ap.) (Si pudiera
darle aviso!...)

REY. (Á Cármen.) No tembleis!
(Observando el efecto que sus palabras producen en Cármen.)
Don Martin, vuelvo á ordenaros,
en mi autoridad de rey,
que si le encontrais, al punto
al Tribunal le entregueis.

CARMEN. (Deshecha en llanto y arrojándose á las plantas del Rey.)
Sed más grande siendo más
clemente!

REY. (Ap. con dolor.) No me engañé.
CARMEN. Os lo pido de rodillas!
REY. (Con ironía.) Alzad, señora! Muy bien!
Conque tambien por el conde
llorais, y le defendeis?
(Una pausa. El Rey dirige á Cármen una terrible mirada de celos y despecho. Ésta baja la cabeza. Á Padilla con intencion y observando á Cármen.)
Don Martin, muerto ó con vida,
haceos dueño de Miguel!
CARMEN. (Ap. y sosteniéndose con trabajo.)
(Está perdido!)
PADILLA. Obedezco.
REY. (Á Padilla, que ya está en el dintel de la puerta.)
Sin tardanza, ¿me entendeis?
No repareis en matarle!
PADILLA. Señor!...
REY. (Despidiéndole.) Id con Dios y que él
os preste ayuda.
(D. Martin de Padilla se retira.)
(Le amaba!
Oh! rabia! Me vengaré!)
(Sale despues de mirarla.)

ESCENA X.

CÁRMEN sola.

Pobre Miguel! Si pudiera
de su prision libertarle,
y á la muerte arrebatarle,
cuán feliz mi vida diera!
Suerte que le sigues fiera,
buscando el bien en su mal,
no le condenes fatal
con sangriento frenesí;
ceba tu cólera en mí
que he sido la criminal!
Publica mi deshonor,
mis torturas acrecienta,
mis desengaños aumenta,
pero vuélveme á mi amor.

(Arrodillándose.)
Y tú, bendito Señor,
sé á mi súplica propicio,
cifrando en mi sacrificio
el pedestal de su calma;
pero no me des la palma
del suplicio, en su suplicio!
(Levántase desesperada. Al mismo tiempo aparece Miguel en la puerta.)

ESCENA XI.

DOÑA CÁRMEN, MIGUEL DE LA CRUZ.

CARMEN. (Apercibiendo á Miguel y con un grito de alegría.)
Ah!
MIGUEL. Cármen!
CARMEN. (Como loca.) Mi pena vé;
escápate, Miguel mio.
Huye del castigo impío
del Tribunal de la Fé!
MIGUEL. (Con desesperacion.)
Pobres de mis partidarios!
CARMEN. En medio de una prision
pagan cara su traicion.
De los jueces arbitrarios
sufriendo la rabia dura,
que escuda desvelo falso
hácia el Rey, en el cadalso
quizás sufran mil torturas!
MIGUEL. Oh! rabia! Triunfó el más fuerte.
CARMEN. Silencio! Más calma ten!
MIGUEL. ¡Y aún no estoy preso tambien!
Vuelo á compartir su suerte!
CARMEN. Haz, Miguel, un sacrificio!
Yo tu perdon obtendré.
MIGUEL. (Con hidalguía.) Nunca la guerra evité!
¿Por qué evitar el suplicio?
CARMEN. Ven, que el instante se pasa
y acaso no volverá!
Noble abrigo te dará

oculto á todos mi casa.
Ya que tu amor me robaste...

MIGUEL. ¿Así mi valor humillas?

CARMEN. (Arrojándose á sus plantas.)
Te lo pide de rodillas
la mujer que tanto amaste!
Ven, y oculto de los ojos
de todo el mundo, Miguel,
á tu lado amante fiel
yo calmaré tus enojos!
Yo imploraré tu perdon.

MIGUEL. No lo podrás conseguir!

CARMEN. Entónces juntos huir
podremos de esta nacion.
Y cuando la caridad
celeste, mi voz oyendo,
disipe el celaje horrendo
de esta negra tempestad;
cuando la vista afanosa
mire un risueño horizonte;
cuando la cumbre del monte
no oculte nube brumosa,
en apartados extremos,
libres los dos al mirarnos;
si nacimos para amarnos,
amándonos moriremos!

MIGUEL. Ese afan extraordinario
calmad.—¡Pintura ilusoria!
¡Unidos en la victoria,
unidos en el calvario!

CARMEN. Deja al ménos que á la ley
robe el rigor inclemente!
Deja que al Rey...

MIGUEL. Oh! detente.

CARMEN. Le suplique... (Continuando.)

MIGUEL. (Con inconcebible amargura.) Siempre el Rey!
(Exaltándose gradualmente.)
Acalla ese amor eterno,
que aun más mis odios concita;
cállate, mujer maldita,
aborto vil del infierno!
¿Por qué con súplica tal

torpe á despertar has ido
el encono mal dormido
de mi afilado puñal?
¡Juguete soy de la suerte!
Y es ésta que me suplica,
la que otro amor sacrifica
por librarme de la muerte? (Ciego de ira)
Tú, de la comprada grey,
osas decir que te ame;
tú, la mercenaria infame
de los favores del Rey?
(Una pausa. Risa sardónica en Miguel.)
Ya, mal te cuadre, á tu frente
el rubor sube del alma!...
Escúchame con más calma,
que haré por ser más prudente.
Te amé con todo mi anhelo;
entenderme no supiste,
y cuando al fin me quisiste
estéril fué tu desvelo.
(Con voz pausada y solemne.)
Tanto cual te quiso un dia
mi corazon, te aborrece,
y con justicia escarnece
tu asquerosa villanía.
Nunca mi honor será tuyo;
que mal guardarlo pudiera
aquella que ni siquiera
supo custodiar el suyo!
Esta es mi franca opinion,
y añadir más, fuera necio...
Mi amor se trocó en desprecio;
mi amistad en compasion!

CARMEN. (Despues de una pausa, en la que procura contener su llanto.)
No acallaré por mi vida
tu voz, ¡denuéstame más!...
¿Mujer acaso jamás
se vió tan envilecida?
Pero piensa con más pausa,
si en ser justo orgullo tienes.
¿Qué otra cosa si no tus desdenes

de mi crímen fué la causa?
Encontré yo por mi suerte
en mi pena cruel y viva,
ni una mano compasiva
ni un brazo robusto y fuerte?
Loca, sola, sin abono,
sin el más débil baluarte,
tu desden por una parte
y por otra el abandono:
los celos me aguijoneaban,
cegábame tu inclemencia,
por do quiera indiferencia;
todos me desamparaban!
No quiso ninguno asirme;
mis llantos nada lograron,
todos á mi ver, gozaron
en contribuir á hundirme!
Contéstame sin doblez,
trocando por un instante
el agravio del amante
por la rectitud del juez.
Qué debí hacer, sucumbir
sin abrigar la esperanza,
siquiera de la venganza?

MIGUEL. Qué debiste hacer? Sufrir!

CARMEN. Harto sufrí por tu amor,
harto por mi mal lloré...
mas ni tu pecho ablandé
ni dí tregua á mi dolor.
(Ha oscurecido por completo.)

MIGUEL. Señora, á qué convencerme
quereis de vuestra amargura?...
De ese amor la desventura
sobre el yerto pecho duerme.

CARMEN. (Oyendo el toque de la *queda*.)
Huye, Miguel, yo guarida
te hallaré en lujar lejano!

MIGUEL. (Con soberano desprecio.)
Viniendo de vuestra mano
me es odiosa hasta la vida!

CARMEN. Mátame, ingrato!

MIGUEL. Qué dices?

CARMEN. Que acalles el vil sarcasmo,
contraste de tu entusiasmo
en momentos más felices!
¡Que mueras no dejaré!
MIGUEL. Oh! femenil cobardía...
Me figuré que sabría
morir, pero me engañé!
(Entra por la ventana un rayo de la luna.)
CARMEN. Miguel mio! (Arrodillándose.)
MIGUEL. Alzad, señora!
Lucha vana y singular!
CARMEN. (Con mucho cariño.)
Si no puedes renegar
de lo que tu pecho adora...
(Abriendo la ventana y mostrando á Miguel la luua.)
De la luna á la sombría
poética claridad,
contémplame, no es verdad
que estoy bella todavía?
Mira el rostro seductor
que otro tiempo te encantaba,
cuando esa luna brillaba
con una aureola de amor!
Acuérdate del pasado:
encadena en tu memoria,
esa historia, nuestra historia,
que á borrar has alcanzado,
cuando presa del sufrir
mi cariño maldecías,
y del cerebro querías
sus recuerdos destruir.
No has de inmolarte, mi bien,
refrena tu patriotismo,
hazlo... por el egoismo
de no matarme tambien!
MIGUEL. Cobrad, duquesa el reposo
(Separándose de ella.)
perdido, y oidme cuerda.
Bien mi memoria recuerda
lo que juró á vuestro esposo.
Cumplírselo me interesa,

despreciando el trance cruel;
dejad que muriendo fiel
sepa cumplir mi promesa.

CARMEN. ¡Ningun apoyo me ofreces,
si el hacha tu vida acaba!...
¿Me dejarás ser la esclava
del Rey, que tanto aborreces?

MIGUEL. (En el colmo del furor.)
Oh! cielos, mi calma trunca
lo que has dicho, desgraciada!

CARMEN. (Con esperanza.) Pues no me dejes aislada...
Huye conmigo!...

MIGUEL. Eso nunca!

CARMEN. Insensato! Vas á huir
y cesarán tus enojos...
Lo estoy leyendo en tus ojos;
si sé que quieres vivir!
Si sé que si al fin murieras
cual lo soñó tu esperanza,
la apetecida venganza
nunca realizar pudieras!

MIGUEL. De su sueño á los agravios
no arranqueis del corazon!

CARMEN. Miguel!

MIGUEL. Huye, tentacion,
no acerques á mí tu labio!
(Un zaguanete de alabarderos pasa por el fondo.)

CARMEN. (Aterrada.) Ah! los guardias!

MIGUEL. (Yendo hacia ellos.) Gracias, Dios,
pues terminas mi suplicio!

CARMEN. (Interponiéndose.) Y á un estéril sacrificio
nos lanzaremos los dos?
Miguel, te adoro; quizás
lo dudas?
(Sujétale entre sus brazos en la sombra, miéntras acaban de pasar los soldados.)

MIGUEL. Cármen! (Queriéndo desasirse.)

CARMEN. Quisiera.
que mi alma mas grande fuera
para adorarte así más!
(Loca de alegría al ver que han pasado.)
Huye, mi bien, pues ya infiero

que no te habrán advertido...
Aun es tiempo.

MIGUEL. (Desprendiéndose de sus brazos.) Nunca ha huido
quien se llama caballero!

CARMEN. Qué intentas?

MIGUEL. Mujer, no quieras
impedirme que sucumba.
¡Deja que vuele á mi tumba
á envolverme en mis banderas!

CARMEN. Ven!... (Queriéndole llevar.)

MIGUEL. Con mis amigos fieles
quiero mañana en la historia,
ya que no de la victoria,
del martirio los laureles!
(Otro piquete de soldados, en sentido inverso del anterior atraviesa el fondo de la escena.—Miguel se precipita hácia él.)

ESCENA XI.

DICHOS, SOLDADOS, D. MARTIN DE PADILLA.

CARMEN. ¡Miguel, mis lágrimas vé!

MIGUEL. (Llamando á Padilla, y haciendo que le reconozcan.)
Don Martin!

PADILLA. (Despues de tomar de manos de un soldado una linterna sorda, y convencerse de que es Miguel el que le habla.)
Daos á prision.

CARMEN. (Desesperada.) Se me parte el corazon,
pero yo le salvaré!

MIGUEL. (Que ha entregado su espada á D. Martin de Padilla, dice á Cármen.)
Cármen, cifra tu consuelo
en pensar, que aunque sucumba,
solo el cuerpo va á la tumba,
porque el alma sube al cielo.
(Váse con D. Martin de Padilla, y los soldados.)

ESCENA XII.

DOÑA CARMEN y el REY.

Al dirigirse esta al cuarto de la derecha ve al Rey y va presurosa.

CARMEN. Quién endulzará mi suerte?
Señor, su vida. (De rodillas.)
REY. (Imperativamente.) Tu amor!
Habla.
CARMEN. No puedo, señor!
REY. Has decretado su muerte!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El oratorio del Rey. Puertas á derecha é izquierda en los primeros términos; en el segundo de la izquierda, ventana gótica; puerta al fondo que da á una galería; á la izquierda, un pequeño altar, en primer término; á la derecha, sitial y mesa.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, el OBISPO DE CUENCA.

REY. (En la ventana señalando la plaza.)
Acaban de terminar
el tablado...
OBISPO. (Impasible.) Ya lo he visto.
REY. Cuando el cadalso esté listo
no tardará en funcionar.
Impíos se rebelaron,
y hollando la cruz sagrada,
la cobarde y ruin espada
en mi contra desnudaron.
Mal gastado frenesí
que ultraja al Señor augusto!...
(Pequeña pausa.)
No encontrais, Obispo, justo
el castigo impuesto?
OBISPO. Sí.

REY. Que por tantos desaciertos
de la Santa Inquisicion
sufran la amarga expiacion...

OBISPO. (Oyendo el toque de una campana, y con solemnidad.)
¡La campana de los muertos!
(Al Rey, haciéndole arrodillar ante el retablo.)
Ajeno al torpe rencor,
al oir esa campana,
con alma grande y cristiana,
santíguate, pecador.
Dobla hasta al suelo la frente,
y con tu labio contrito,
al execrar el delito,
¡compadece al delincuente!

REY. (Levantándose, despues de orar breves momentos.)
Por celeste inspiracion
en castigarlos me afano...

OBISPO. ¡El Dios del mundo cristiano
castiga con el perdon!

REY. Escarmiento á las traiciones
busco al matar...

OBISPO. La clemencia
es la más probada ciencia
de conquistar corazones!

REY. Con Dios lleno mi deber
matando á quien le ultrajó.

OBISPO. Él, que por tantos sufrió,
á quién hizo padecer?

REY. Señor, la causa me abona
del alto juez inflexible!

OBISPO. Vos amais al Dios terrible...
¡Yo adoro al Dios que perdona!

REY. Decidme, y con él qué haré?

OBISPO. Cárlos?

REY. Es vástago régio...

OBISPO. (Impasible.) Pero apoyó el sacrilegio
y fué traidor á su fé!

REY. Debo, Obispo, inexorable,
por mis manos á la hoguera
llevarle? Delirio fuera!

OBISPO. Señor, tambien es culpable.

REY. Desconoceis mi dolor,
pues que tanto le aumentais,
cuando suplicarme osais
que sea su acusador!
Por salvarle, mal os cuadre,
ley haré contra la ley.
¡Un rey deja de ser rey,
(Pausa.) pero un padre siempre es padre!
En vez de hacerme sufrir
buscad de librarle modos.

OBISPO. Si la ley es para todos,
don Cárlos debe morir!

REY. Pensad que es hijo del rey!

OBISPO. Pues por eso considero
que sufrir debe el primero,
señor, de su rey la ley!
Y no porque nació infante
con privilegio maldito,
debe verse su delito
con tolerancia irritante.
Pues rey sois, sed juez vos mismo:
si no salvais á ninguno,
la clemencia para uno,
es clemencia ó egoismo?
Y aunque el tribunal le abone,
cierto está vuestro desvelo
de que el código del cielo
le perdone y os perdone?

REY. Dejadme en paz!

OBISPO. (Retirándose.) Ya me callo;
más ved que Dios en su ley,
lo mismo castiga al rey
que á su más pobre vasallo!

ESCENA II.

EL REY solo, arrodillándose ante el altar.

Á la tumba arrebatarle
pudiendo, oh! Dios, no sería
una infamia condenarle?
No es verdad que tú á salvarle

me incitas, Vírgen María?
Oye mi voz paternal
desde este santo recinto.
Tendré el valor infernal
de entregar al tribunal
la sangre de Cárlos Quinto?
Si tu justicia divina,
que yo venero, Señor,
espina y flor nos destina,
dame á mí sólo la espina
y guarda para él la flor.
(Se levanta.) Permite, señor, que mate
(Paseándose con agitacion.)
la pena al que aquí solloza,
ó al ver lo inquieto que late,
termina el rudo combate
que el corazan me destroza.
(Abriendo la ventana y mirando al cielo.)
Ah! Cuán hermoso está el cielo!
Cómo su diáfano tul
se muestra igual al anhelo,
sin que de una nube el velo
empañe su limpio azul!
(Con gran melancolía.)
Y pensar, lucha inhumana!
que de muchos en la suerte,
esta de púrpura y grana
aurora de la mañana,
será una aurora de muerte!
Van á morir: cuando el sol
por el Oriente aparezca;
cuando con vivo arrebol
el brumoso tornasol
de su disco desvanezca,
el golpe habrán de sufrir
de la cuchilla impaciente
sus faenas por cumplir...
¡Pero qué triste es morir
con un sol tan refulgente!
(Vuélvese y ve á Cármen en el umbral de la puerta.)

ESCENA III.

EL REY, DOÑA CÁRMEN.

CARMEN. Señor, oirme podreis?
REY. (Conteniéndose.) Adivino vuestro afan.
Concibo por qué demente
donde quiera me buscais,
y sé que si osais á tanto
fuerza amor os logra dar.
CARMEN. Su perdon!
REY. Inútil ruego
que nada conseguirá
sino encender más mis iras
descubriendo que le amais!
CARMEN. Le amo, sí; más mi cariño
no es amor, es amistad.
REY. Señora, nada obtendreis.
Os lo he dicho, morirá.
Estéril es vuestro empeño,
insensato vuestro afan.
CARMEN. No más terco el corazon
cierre el paso á la piedad.
Perdonadle! Ni yo le amo,
ni á amarle llegué jamás!
REY. Nada me importa; él os ama
y su amor bastante es ya
á procurarle esa muerte
que conquista el desleal.
CARMEN. (Arrojándose á sus piés.)
Deponed la injusta cólera!
REY. Alzaos; no lloreis más,
que sois, con tan tiernas lágrimas,
vos misma quien le matais!
CARMEN. Misericordia!
REY. Es en vano!
CARMEN. Vos, preferido rival,
así despreciais mis súplicas?
REY. Su muerte firmada está.
Muere llorado por vos.
¡No es su suerte tan fatal!

CARMEN. Arrancad de vuestros celos
el aguijon pertinaz...
No os entregué el corazon
y mi honor, que vale más?
Qué más quereis?

REY. Yo? Vuestra alma.

CARMEN. Tomadla, pues la anhelais...

REY. Cuánto esa astucia os envidio!
Mas decid si palpitar,
por mi fiebre contagiado,
vuestro pecho ví jamás.
ni en los ojos siempre secos
ví indecisa vacilar
de una lágrima amorosa
el trasparente cristal.
Inútil es acallarlo,
que os denuncia vuestro afan.
Oculta en secretos pliegues,
há tiempo que por mi mal,
de un martirio interminable
vos el cáliz apurais...
Y ese martirio es amor,
y ese amor, señora, es tal,
que si os mata su recuerdo
vida su esperanza os da.
Soy vuestra propia conciencia,
verme por eso evitais,
como evita de su víctima
la presencia el criminal,
Objeto acaso de horror,
la vista de mí apartais,
y cuando humilde á esas plantas
me postra amante ansiedad,
solamente encuentro en vos,
negadlo si á tanto osais,
premeditados trasportes,
labios llenos de frialdad,
y á lo más infiel remedo
de una sonrisa falaz! (Pausa.)
Otra cualquiera en tal caso
vistiera amante disfraz
mis motivados rigores

siquiera por aplacar.
Otra diría «no es cierto
que yo os odie, os engañais.»
Buscando hasta en la mentira
un eco de la verdad!
Otra mujer, ¡vive el cielo!
otra mujer por lograr
la gracia que solicita,
por arrancar al puñal
del verdugo la anhelada
presa con falsa ansiedad,
tierna y mansa fingiría;
pero ella inerte se está
terca en sus odios funestos
al despreciarme tenaz.
Por el otro los sollozos,
los suspiros, la humildad,
las súplicas, las ficciones;
pero por mí nada más
que esa cruel indiferencia,
perpétua, franca, procaz,
que insulta más que el insulto,
que mata más que el puñal!
Oh! vacila mi cabeza!
Me amais? Decid la verdad...

CARMEN. Sí tal.

REY. Mentira, mentira!
Torpe el labio disfrazar
quiere el acento del alma,
que halla paso por mi mal.
No me amais? Que muera pues!

CARMEN. Cruel.

REY. Dad treguas al pesar.

CARMEN. Está bien.

REY. Cármen, ¿qué os pasa?
Decidlo pronto.

CARMEN. No más
cobardes humillaciones
que ultrajan mi dignidad.
Me retiro... Adios, señor.
Bésoos la mano rëal.

REY. Pero, Cármen, tú no miras

este inflamado volcan
de amor que me torna ciego?

CARMEN. Adios!

REY. Me quieres matar?

CARMEN. Abandono vuestra córte,
sepulcro odioso y fatal
de todas mis alegrías.

REY. (Aterrado.) Solo me vas á dejar?
Olvida, Cármen; perdona,
que en un momento quizás
de cólera ó de locura
te haya dejado llorar.
Todo te lo acordaré...
Cuanto quieras hecho está.
Nada pretendes?

CARMEN. Adios!

REY. Cármen, do está tu piedad?
Tù, el ángel de mi ventura,
tú, de mi culto el altar,
quieres dejarme y partir?
Oh! quédate; si te vas,
á quién confiar mis dolores,
á quién mi mano alargar,
á quién enseñar mis lágrimas!

CARMEN. ¡Inútil tenacidad!

REY. Quieres su perdon? Confieso
que he sido cruel por demás.
Dí una palabra.

CARMEN. Es en baide.

REY. Sea, te quieres vengar!
Robemos á Dios la víctima.

CARMEN. (Ap.) (Inesperada bondad!)

REY. Tanta sangre me hace daño.
Su perdon voy á firmar.

CARMEN. Firmar el perdon?

REY. Sí, Cármen,
mis manos te lo darán.

CARMEN. Á qué esperais?

REY. Desconfías?

CARMEN. Juradlo!

REY. Jurado está!

CARMEN. Si cumplís, Dios os lo premie,

y os castigue si faltais.
Con él quedaos en tanto.

REY. Id en paz la de Alcalá!
(Váse Cármen.)

ESCENA IV.

EL REY, RUY GOMEZ DE SILVA.

RUY. Al Vizconde de la Cruz
perdona Su Majestad?

REY. Tal vez...

RUY. Que nunca le pese
lo que va á hacer!

REY. Claro hablad.

RUY. La claridad suele ser,
señor, decreto mortal.

REY. Explícate y no receles...

RUY. Hablaré pues lo mandais.
Los hombres de ese partido
del que jefe desleal
fué el Vizconde, se reunían
para concertar su plan
en casa de una mujer...

REY. La duquesa de Alcalá!
Cármen y Miguel se aman...
Contesta pronto!

RUY. Quizás;
aunque esa voz maldiciente
no creo pueda engañar
nunca de su limpia fama
el purísimo cristal.

REY. (Consigo mismo.)
(Si vilmente me engañaron
ya no más me engañarán!)
(Alto.) Vos lo sabeis, cuando yo
no alcanzo á sospechar!...

RUY. Su Majestad no se irrite...

REY. ¡Cómo! Defenderla vais? (Pausa.)
Dejadme!

RUY. Obedezco al punto.

REY. Vé mi córte á convocar.

(Váse Ruy Gomez.)

ESCENA V.

EL REY solo, con amargura.

Cómo infames, me engañan!
Su turbacion la vendía
cuando hipócrita decía
que nunca al Vizconde amó!
Le ama, patente lo veo
por más que dudar osaba;
la venda que me cegaba
ya de mis ojos cayó.
¡Y escapará á mis furores!
¿Cómo veré su escarmiento,
si un sagrado juramento
me prohibe condenar?
Cuán caro pago el candor!
No puedo ordenar la pena,
que es Dios mismo quien me ordena
la venganza encadenar!
Y cómo sin ser perjuro
podré contener mi furia?
¿cómo á tan rastrera injuria
premiaré con mi perdon?
Tú, que mi brazo detienes,
Dios alto, mi mente auxilia,
y el juramento concilla
con una ruda expiacion!

ESCENA VI.

EL REY, RUY GOMEZ DE SILVA, que vuelve apresuradamente.

RUY. El de Alcalá solicita
hablar á Su Majestad.
REY. (Incrédulamente.)
Devolver pudo la muerte
lo que hizo presa jamás?
RUY. De Flándes torna...

REY. Ruy Gomez,
vive aún?
RUY. Á no dudar.
En la cámara, convulso
y descompuesta la faz,
aguarda á veros.
REY. (Ap.) (Venganza,
reprímete!)
RUY. Del fatal
proceso del de la Cruz
enterado debe estar,
pues al nombrarle, sus ojos
derraman llanto á raudal.
REY. (Reprimiendo su funesta alegría.)
Déjale franca la entrada!
(Ruy Gomez saluda y se retira.)
(Consigo mismo.) (¡El cielo me lo enviará!)

ESCENA VII.

EL REY, el DUQUE DE ALCLÁ.

Entra el Duque pálido, agitado, y se detiene un instante en el umbral de la puerta para hacerse dueño de la emocion que le domina.

REY. (Sentado, con dulzura.)
Acércate, Alcalá; dame tu mano!
Mas por qué tiemblas?
DUQUE. (Turbado, queriendo arrodillarse.)
Permitid...
REY. (Impidiéndoselo.) Levanta!
DUQUE. Perseguido regreso.
REY. Nada importa,
si vivo te contemplo!
DUQUE. El Duque de Alba
traidor osa llamar al que fué siempre
el vasallo más fiel de su monarca!
REY. (Con severidad.)
Mal hecho está, por Dios, pero permite
que al cielo por tu vuelta dé las gracias...
DUQUE. Señor, es cierto que Miguel se apresta

á morir?

REY. No mentiste.

DUQUE. (Arrojándose á los pies.) Á vuestras plantas
podreis negarme que el perdon implore
de aquel que como á un hijo adora el alma?
Perdonadle; yo os juro que le acusan
por venganza servil!

REY. (Con finjida cólera.) Extrema audacia!
¿Te atreves á rogarme que perdone
á un traidor desleal que alzó las armas
en contra de su rey?

DUQUE. Señor, yo ignoro...

REY. (Con ironía mezclada de asombro.)
Y eres tú, vive Dios, el que se afana
por lograr su perdon?

DUQUE. Sí, por mi vida...
Conozco del Vizconde la desgracia,
aunque el crímen ignore que le imputan.

REY. ¡Tan noble abnegacion qué bien te paga!

DUQUE. La clemencia, señor, es luz del cielo.
Miseria de la tierra la venganza!
Por clemente de hoy más os eternicen.
Qué placer más feliz tiene un monarca
que aquel de perdonar á quien le ofende?
(Pausa.)

REY. (Observando la actitud suplicante del Duque y con asombro.)
Pero es posible, Duque? No me engañan
hipócritas ficciones?

DUQUE. (Levantándose.) Por el cielo,
que no os comprendo un punto!

REY. Ten más calma.
Há un instante tu esposa por su vida
regaba estos tapices con sus lágrimas.

DUQUE. Mi esposa?

REY. Cármen, sí.

DUQUE. (Ap.) (Por qué lo extrano?)
(Alto.) No es Miguel el amigo de su infancia,
su hermano?

REY. (Con terrible ironía.)
Es la verdad. Voy comprendiendo
de su tenaz desperacion la causa.

Dispénsame, Alcalá, si en este instante
su afecto fraternal no recordaba.

DUQUE. (Ap.) (Oh! qué horrible sospecha!)

REY. Ya concibo
por qué juntos los dos siempre se halláran,
impunes desafiando en su inocencia
de la calumnia la ponzoña amarga.
Oh! mundo maldiciente! ¿Quién critica
el amor de un hermano y de una hermana?
Se desvanece mi punzante duda
al meditar lo que de hablar acabas.
Si el Vizconde es tu amigo; si tú ciego
pones en él entera confianza,
qué habrá más natural?

DUQUE. (Comprendiéndolo todo, con un grito desgarrador.)
¡Qué es lo que escucho!
Decidme la verdad!

REY. (Saboreando el placer de la venganza.)
Por qué te exaltas?
Cruel he sido... perdona... yo creía
que estabas enterado... ¿quién pensára?

DUQUE. (Desesperado.)
Todo lo he de saber!

REY. Temo á tus iras.

DUQUE. (Olvidándose de todo, de que es el Rey su interlocutor, y apretando convulsamente su brazo.)
¡Hablad, que la paciencia ya me falta!

REY. Nada puedo decirte con certeza...
y mis sospechas por demas son vagas.

DUQUE. Me deshonró, decid? (Ligera pausa.)
La incertidumbre
mil veces más que la certeza mata!

REY. (Variando astutamente el giro de la plática.)
Sabrás que conspiró contra mis reinos.
Fué traidor!

DUQUE. (Sin hacerle caso.) Responded!

REY. El alma humana
tan baja suele ser!...

DUQUE. (Insistiendo febrilmente.) Será su amante?

REY. (Mirándole fijamente.)
Y tú te atreves á impetrar su gracia?

DUQUE Sí, por Dios.

REY. (Admirado.) Su perdon?
DUQUE. (Desatando su rabia.) ¡Del Rey lo imploro
para saciar yo mismo mi venganza!
REY. (Observando el efecto de sus palabras en el Duque.)
Ya su perdon firmé, de la duquesa
para secar las abundantes lágrimas.
DUQUE. Oh! rabia sin igual. Oh! desventura...
¡su vil complicidad está probada!
REY. Ya no más te impacientes por su vida.
Su gracia llegará... Cerca la plaza
en que sufrir debiera su sentencia,
de este régio salon está situada.
DUQUE. (Consigo mismo.)
(Patente ante mis ojos está el crímen,
y sin embargo dudo!...)
REY. (Ap. con alegría.) (Mi venganza
pronto podré cumplir sin que perjuro
llamarme pueda Dios de mi palabra!)
(Con humildad mirando al cielo. Váse el Rey.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE DE ALCALÁ solo.

Rompa su cárcel oprimida el alma
la vergüenza al llorar que ha recibido,
sin que un instante de traidora calma
treguas de su venganza dé al latido!
Nombre de mis abuelos, ten la palma
de este inmenso baldon inmerecido,
al ver con ansia de su sangre loca
tu destrozado honor de boca en boca!
Pero no... justo sé... quejas no exhales,
bien tu duelo mereces imprudente!
¿Podías á sus ansias virginales
dar el apetecido amor ardiente?
¿Cómo tus labios casi paternales
besar osaron su incitante frente?
Por qué te extraña que tu honor sucumba,
si el tálamo nupcial trocaste en tumba?
Necesitaba amor, cándido lirio
estéril á mi lado vejetaba,

sin sol, sin aire, perenal martirio
su efímera existencia marchitaba! (Pausa.)
(Como avergonzado de haber atenuado el crímen de su esposa con estas reflexiones, dice indignado tras la conveniente transicion:)
¡Y aún oso defenderla! ¡Vil delirio!
Miéntras ausente de mi lado estaba,
por qué si en el combate no era fuerte
al deshonor no prefirió la muerte?
Y tú, juez inmortal, Dios inmutable,
que amparo dices ser del desvalido,
por qué no diste apoyo á esa culpable
de su lucha tenaz compadecido?
Y tú, luz, que fulguras invariable,
que la muerte alumbraste del perdido
honor por el que vida y fama inmolo,
por qué es que brillas para el crímen solo!

ESCENA IX.

EL DUQUE DE ALCALÁ, DOÑA CÁRMEN.

Cármen se precipita en la escena, llevando en la mano el perdon de Miguel, al ver al Duque da un grito terrible.

CARMEN. Alcalá! (Vacila estupefacta.)
DUQUE. (Con voz terrible.) Que Dios os guarde!
(Con sonrisa de feroz ironía.)
¿No me esperabais, duquesa?
CARMEN. No!
DUQUE. (Agarrándola con fuerza por un brazo.)
Infame! ¿Vivir te pesa?
CARMEN. (Cayendo de rodillas.)
Matadme; pero más tarde!
DUQUE. ¡Treguas para el criminal!
CARMEN. (Procurando desasirse.)
Un sólo instante, señor!
(Trata Cármen de llegar al balcon para enseñar el perdon de Miguel.)
DUQUE. (Comprendiendo su afan.)
No salvarás á tu amor!
(Interponiéndose entre ella y el balcon.)

CARMEN. Mi amante, Miguel?
DUQUE. Sí tal!
(Trata Cármen de volver á la ventana, impidiéndoselo el Duque.)
CARMEN. Es cierto que lo creeis?
Os juro que no es culpable!
DUQUE. Mientes, mientes, miserable.
CARMEN. Pasaré! (Desesperada.)
DUQUE. (Tomando su mano.) No pasareis!
Morirá! Mi alma os responde.
CARMEN. No hay en el mundo, señor,
un hombre que más honor
pueda tener que el Vizconde!
DUQUE. Basta de farsa; querrás
negarme lo que se vé?
CARMEN. (Ap. con terrible angustia.)
(Cómo salvarle podré?)
DUQUE. Muerta tan sólo saldrás!
CARMEN. Dominad tal frenesí
al pensar que es vuestro amigo.
DUQUE. (Fuera de sí.) Mi amigo dices? Maldigo
el tiempo en que lo creí!
Es tu amante, falsa infiel,
y por Dios que no concibo,
cómo yo puedo estar vivo
no viéndole muerto á él!
Aquí, bajo estos fatales
techos, que guardan arcanos,
osó poner en mis manos
sus dos manos desleales.
De su pérfida amistad
aquí escuché el juramento!
Falso, traidor, cuán sediento
de su sangre estoy!
CARMEN. Piedad!
Para vengar vuestra ofensa,
del cadalso hay que librarle...
DUQUE. (Con desprecio.) Del trabajo de matarle
el verdugo me dispensa!
Fueran mis armas manchadas,
y no es justo que tal digan.
¡Las traiciones se castigan

con hachas, no con espadas!

CARMEN. ¡Duque, ved que le injuriais!

DUQUE. ¡Basta de abogar por él!

(El Duque arranca el perdon de las manos de Cármen y lo pisotea.)

CARMEN. (Con desesperacion.)
Al que ha sido amigo fiel
de tal manera pagais!
Sed justo!

DUQUE. Por eso quiero
su muerte reparadora.
De ser me precio, señora,
un hombre muy justiciero!
Creyó vuestra alma liviana
que impunemente podría
arrojar en la honra mia
una mancha tan villana?
Y olvidándose de todo
creyó vuestro torpe amor,
que lograría mi honor
ver confundirse en el lodo?
Es horrible, á lo que entiendo,
vuestro proceder nefando!
Él al amigo engañando!
Vos al esposo vendiendo!
Al partirme para Flándes
mi honor dejé en su entereza,
sin pensar que la bajeza
le hiciera injurias tan grandes.
Una coalicion traidora
vino su brillo á empañar...
(Con voz terrible.)
Del honor que os dí á guardar,
¿qué hicísteis ambos, señora?
Por qué por odiosos lazos
en vano encontrarle espero?
Por qué, si os le he dado entero,
me lo volveis en pedazos?
(Óyese el miserere fuera y el toque de agonía.)

CARMEN. Oh! ved que es falso, señor,
cuanto dijeron... Dejad
que os cuente... pero librad

á Miguel de su rigor!

DUQUE. Si en girones mis blasones
rasgó con cruda fiereza, (Con sonrisa feroz.)
es justo que su cabéza
rasgue el verdugo en girones.

CARMEN. Oh! siempre esa calma fria!
Escuchad desde el palacio,
ese que hiende el espacio
triste toque de agonía!

DUQUE. Él anuncia su expiacion.

CARMEN. Os lo juro por el cielo!
Es inocente!

DUQUE. El desvelo
calmad, no habrá compasion!
(Cármen procura vanamente recoger el perdon que está en el suelo. Una terrible lucha tiene lugar entre ella y el Duque. Éste la arrastra hasta la ventana, y le muestra la plaza. Los toques de agonia y los cánticos religiosos se oyen sin interrupcion.)
(Ébrio de ira.) Ya sube el funesto andamio
vuestro cómplice!

CARMEN. Piedad!
(Rumores del pueblo.)

DUQUE. Ya le aclaman. Escuchad!
¡Ese es vuestro epitalamio!

CARMEN. (Haciendo esfuerzos sobrenaturales.)
Yo su vida salvaré.

DUQUE. (Contemplando su dolor, casi con júbilo.)
La venganza es deleitosa!

CARMEN. (Ap.) (Alienta, esperanza hermosa,
que en Dios he puesto mi fé.)
(Aumentan los cánticos, los toques de agonia y los rumores.)

DUQUE. ¡Ya el clavo fatal remacha
el verdugo...

CARMEN. Rudo instante!

DUQUE. (Con ferocidad.) Mira aquel rayo brillante
de sol, cómo da en el hacha.
Cuán blanco y pálido está!
Y sonrie!

CARMEN. Qué dolor!

DUQUE. Muere feliz, muere por
la duquesa de Alcalá. (Carcajada nerviosa.)
CARMEN. (Queriendo separarse de la ventana.)
Asesino!
DUQUE. (Obligándola á permanecer en ella.)
Es breve instante!
CARMEN. (Apartando la vista con horror.)
Infeliz! (Al Duque.) Maldito seas!
DUQUE. (Obligándola á que vea hácia fuera.)
Espera. Quiero que veas
cómo matan á tu amante!
(Cesan súbitamente los cánticos.)
CARMEN. Pero lo que miro es cierto?
DUQUE. Espera un momento más...
(Con alegría.) Ya no le verás jamás!
(Llevándola al proscenio.)
Vengado estoy! (Pausa.)
CARMEN. (Con un esfuerzo sobrehumano logra desprenderse de las manos del Duque, corre como loca á la ventana, y da un terrible grito.)
Muerto! muerto!
(Enajenada vuelve hácia el Duque y le quita la daga, corriendo la escena furiosamente.)
(Al Duque.) Tú, que ciego de furor
sin piedad le condenaste,
y morir le contemplaste
gozándote en su dolor;
tú, cuya alma sólo encierra
crueldad y sangriento anhelo,
sé condenado en el cielo
y sé maldito en la tierra!
Ese, que fiel á tu intento,
la sinrazon ha inmolado,
nunca, Duque, había violado
su sagrado juramento!
Mártir de su limpio honor,
fiel á su promesa muere,
que vil cadalso prefiere
al dictado de traidor!
y no es su sangre inocente
la que tu deshonra lava...
Tu mano, de su odio esclava,

deja el baldon en tu frente!
Rasguen tus ojos la venda!
Si él apasionado estuvo,
honrado siempre, mantuvo
DEBER Y AFFCTO EN CONTIENDA!
Tan cumplido proceder
no era digno del rigor...,
¡Si le arrastraba el amor,
conteníale el deber!
Ya murió. El labio sincero
te dirá lo que ocultaba...
¡Que con el alma le amaba!...

DUQUE. Vil!

CARMEN. Y que con él me muero.
(Se hiere con la daga.)

DUQUE. (Con rabia, sosteniéndola en sus brazos. Vuelve á oirse el miserere.)
¡Vivireis para sufrir,
que fuera un cielo, señora,
con aquel que el pecho adora,
poder á la vez morir!
(Consigo mismo.)
Si la muerte vida diera
á esos sus miembros inertes,
yo la daría mil muertes
con tal de que más viviera!
Y como en verla espirar
ántes cifré mi esperanza,
hoy daría mi venganza
por verla resucitar.

ESCENA ÚLTIMA.

La córte atraviesa el fondo de la escena. El REY, debajo de un palio, lleva inclinada la cabeza y juntas las manos; SEÑORES, MONJES, SOLDADOS. Continúa el miserere y el toque de agonía.

CARMEN. Certero golpe me he dado...
y muero, Duque, culpable,
pero tu odio incontrastable
te hará vivir engañado!

DUQUE. Mientes! (Cae Cármen al suelo.)
CARMEN. (En la agonía.) Mi labio te es fiel!
Nunca Miguel te faltó...
(Incorporándose penosamente y señalando con la mano al Rey, que pasa por el centro de la escena en aquel momento.)
¡El que tu honor ultrajó,
míralo bien, es aquel! (Cae muerta.)
(Cae el telon rápidamente.)

FIN DEL DRAMA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Asort y aventura	1	E. Vidal	Libro.
De Barcelona al Parnás	1	Idem	Libro.
La cieguecita	1	Sres. Moratilla y Andrey	L. y M.
Las campanetas	1	D. E. Vidal	Libro.
Dos Milions	1	Idem	Libro.
Ni se empieza ni se acaba	1	Sres. Granés y Cereceda.	L. y M.
Por la tremenda	1	Salvador M. Granés	Libro.
Una jaula de locos	1	D. M. Fdez. Caballero	Música
Pot mes qui piula	1	E. Vidal	Libro.
Un pobre diable	1	Idem	Libro.
La criada	2	Idem	Libro.
La gran sastresa	2	Idem	L. y M.
La manescala	2	Idem	Libro.
La masovera	2	Idem	L. y M.
Lo somni daurat	2	Idem	Libro.
Los pajes del Rey	2	L. Mariano de Larra.	Libro.
El convidado de piedra	3	Sres. Castillo y Manent	L. y M.
Blancos á azules	3	Ciern, Nogués y Cab.	L. y ½ M.
El siglo que viene	3	D. M. Fdez. Caballero	Música
El viaje á la luna	3	L. Mariano de Larra.	Libro.
La guardiola	3	E. Vidal	Libro.
Juan de Urbina	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscripto*, *La pena capital*, *Bernardo el Calesero*, *El sorteo*, *La verdadera Carmañola*, *Los amigos de los pobres*, *Los aventureros* y *Romper cadenas*.

3 0112 127861679

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número **44**, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al **EDITOR**, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.